



PAULINA GAIL CRUZ

**MORELOS**  
EN LA VIRREINAL  
**ANTEQUERA**

**MORELOS**  
EN LA VIRREINAL  
**ANTEQUERA**

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



## SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

*Secretaria de Cultura*



## INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

*Director General*

PAULINA GAIL CRUZ

**MORELOS**  
EN LA **VIRREINAL**  
**ANTEQUERA**

MÉXICO 2022

Portada: Salvador Ferrando, *El Congreso de Chilpancingo*,  
óleo sobre tela, 1905, Museo José Luis Bello y Zetina,  
Puebla. INBAL.Secretaría de Cultura.

Ediciones en formato electrónico:  
Primera edición, INEHRM, 2022.

En la investigación de esta obra colaboró  
con la autora Jaime Adolfo Cruz Reyes.

D. R. © Paulina Gail Cruz, textos.  
Registro de obra: 03-2012-011111393700-01.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM),  
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,  
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.  
[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del  
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,  
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la  
reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin  
la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-318-3

HECHO EN MÉXICO

*Esta novela está escrita para jóvenes y adultos de  
mente abierta, aquellos para los que los héroes, al fin  
humanos, fueron parte de un mito fabricado por los  
intereses propios de la historia.*

JAIME ADOLFO CRUZ REYES



*Mientras sigamos borrachos de mentiras patrióticas,  
no asomará en nuestro cielo la esperanza.  
La historia se escribe con la verdad  
por más dolorosa que ésta sea.*

JOSÉ VASCONCELOS



## A MANERA DE PRÓLOGO

La figura del Generalísimo Morelos fue trágica, elocuente y generosa. Él no nació bajo las estrellas que cobijan y dan luz, las más de ellas, a notables personajes; pero su carácter lo impregnó del coraje que necesitaban los tiempos para luchar con denuedo por lo que consideró legítimo, forzoso y benéfico; él no buscó el laurel con que se ciñen las sienes los hombres de la historia, él se enfrentó con el fulgor de la mañana a los que consideró intrusos o villanos; él no tocó esquilas ni carillón alguno, pero mortificó su espíritu penando por atajos y los mil vericuetos que inciertos encontró a su paso. Con el rostro emocionado y con resecos labios convocó al hermano, para juntos desgranar la mazorca que, como endurecida roca, estaba en manos del impropio hispano.

Antequera penó por su presencia, y aún rasgadas sus añejas costumbres no le guardó rencores; fueron cuarenta y cinco días que aciagos no pueden quedar en la penumbra, porque es lícito y benevolente recordar su estancia para ubicar en la balanza los malos y los buenos oficios que conlleva todo enfrentamiento; quizá tuvo sus excesos, no muchos generosos, pero al conformar el primer H. Ayuntamiento Libre y Soberano esculpió de antemano, con metálico cincel, el broquel con que lo registra el numen de Oaxaca.

A Morelos no hay que juzgarlo, ni mucho menos vilipendiario; pero sensato es concebir que el espacio por el que él

transitaba estuviera colmado de resabios y añejos agravios que habían mancillado por siglos a la patria

El Generalísimo había debatido con arrojo para descifrar el misterio por el que, al indígena, por largo intervalo, se le había dado el trato infame de miserable siervo. ¿Cómo podía tan humilde cura ser culpable por despojarse de su descolorida vestidura para contender y creer en un nuevo amanecer donde los Sentimientos de la Nación fueran diferentes?

El caudillo no concibió un México de hoy ni de cercana alborada. Él fue necio y obstinado al pensar en una patria de tranquilo, largo y justo espacio con un mejor futuro para el hermano de tez morena, blanca y cobriza.

Morelos fue juzgado, y el día que fue fusilado, grave para sus adentros, partió sabiendo que con sus ideales había contribuido a conformar una sociedad sin distingos, donde la hoguera de largas y cruentas batallas iluminara justicieros días de una nueva patria, donde los rencores y los malos augurios se guardaran en los viejos armarios y no se abrieran más sus puertas para construir tan sangrientos males.

JAIME ADOLFO CRUZ REYES



Las sombras de la noche envolvían la temerosa villa. Las pocas puertas de las casas de los tenderos del portal de Quiñones permanecían entreabiertas y sólo la imagen del Señor de la Columna solía estar iluminada por la viva luz de docenas de lamparillas que piadosas suplicaban se produjera el milagro.

La guardia real de las Casas Consistoriales se había redoblado, y sobre la antes tranquila ciudad se presentía la amenaza incómoda del indeseado insurgente. Éste, a pasos forzados, como la vorágine, había cruzado la cañada; sangre y destrucción había sembrado a su paso, lenguas de fuego consumían las viejas aldeas, lo mismo Yanhuitlán que la heroica y monacal Huajuapán, donde densas columnas de humo invadían el cielo; mesas de finas maderas, sillas con incrustaciones hermosas, pedían suplicantes no ser parte de la hoguera.

Al insurgente no le interesaban las condiciones funestas del realista, qué importaba el llanto o la palabra suplicante; para estos miserables había llegado la hora de curar viejas heridas; en ese momento la turba feroz del innumerable ejército no pretendía perdonar a nadie, lo mismo al gachupín que al criollo o al mestizo, incluso a su hermano el incómodo indígena que por tanto tiempo había servido a tan ingrato amo.

El grito general de esa gloriosa mañana era “¡Acuartelarse en Oaxaca!”. Morelos había dado la orden, la tropa se movía; los de a pie, de desgarrada vestimenta, avanzaban; viejas y constantes ofensas laceraban su mente. La señorial Antequera se

había vuelto su meta y, al llegar a ella, tal vez podrían suplir la miseria, cobrar al peninsular con la misma moneda. Pasados ultrajes los tenían presentes, los realistas lo sabían y, precavidos, se preparaban ante aquella columna de embriagadas fieras. Fosos, trincheras y puentes circundaban la villa; se armaban familias enteras, lo mismo jóvenes, ancianos o hermosas mujeres, blancas, mestizas o criollas, todas doncellas, practicaban el sable, las más la pistola o la reluciente carabina, que había suplido al legendario arcabuz de lejanas hazañas.

En los cuatro portales conversaban apesadumbrados los viejos amigos, autoridades menores y hasta el humilde clérigo del cercano pueblo; todos se hacían la misma pregunta, el porqué de esta lucha. Después de cada batalla, todos por el mismo motivo, ya fueran criollos, peninsulares y hasta el vilipendiado mestizo, así como el indígena insurgente, rendían tributo a la misma egregia figura, Fernando VII. Pero a toda esta multitud qué intereses la movían. Con los pendones al viento los contrincantes partían al encuentro que los llevaba sin remedio al glorioso triunfo o a la benigna muerte. Las imágenes, generosas, se mecían con el viento, lo mismo la milagrosa Guadalupana que la protectora del Perpetuo Socorro; ambas los protegían y ante tan desagradable suceso lucían frente a frente. Los dos bandos a ellas imploraban, sabían que su religión no era su lucha, la fe hacia ellas los unía, pero el poder que buscaba la riqueza, inmisericorde, los quebrantaba.

El indígena era sólo el falso pretexto, la excusa insana; como siempre, la miel para el rico, el verde nopal para el pobre; para éste no existía riqueza, sólo falsas promesas; hasta en la milicia, para él no existían los grados, sólo era un simple soldado, carne de cañón al que se le pagaba indulgente; como siempre, al lado del oficial marchaba arrastrando su pena, de reojo lo miraban, migajas le tiraban, era paria en un ejército de parias que causaban tristeza. Esa era la marcha que aguerrida se desplazaba a la verde Antequera.

En el Ayuntamiento, las constantes reuniones coincidían en que defender la ciudad debía ser la orden del día. Caras desencajadas, llenas de ira, comentaban, se acusaban de continuas traiciones; y de los dominicos hasta se mencionaban nombres. Éstos hacían insistentes preguntas: ¿dónde se guarda la pólvora?, ¿por qué en ese lugar los cañones?, ¿a qué tantos fosos? Así, una a una tan repetidas cuestiones, que en muchas ocasiones hacían dudar de muchos de ellos. Necios cuestionaban, y cuando éstos se acercaban los demás tomaban precauciones, ya que se comentaba que bajo sus talares hasta armas portaban. Todo era parte de esta sutil trama que a todos preocupaba.

El arzobispo Bergosa, ni tardo ni perezoso, puso pies en polvorosa, huyó despavorido, pese a las constantes súplicas que le había hecho el Cabildo; sabían que su presencia le daría tranquilidad y mejores bríos a la contienda que se acercaba, y que con su ausencia declinaría la defensa, que con tan lamentable acción la consideraban perdida. A este venerable señor no le importó nada, un séquito de arcángeles y querubines lo precedió, y por el rumbo del caluroso camino a Tehuantepec huyó, se perdió. Como en los añejos tiempos, fue el tesoro de Axayácatl lo que llevaba, y como en ellos, no había noche triste que se lo impidiera.

Su menaje lo componían las bondades piadosas de la alegre romería que por largo tiempo se celebró en la noble Antequera y que con mil bendiciones a ellas gentil respondía. ¿Pero cuál era el tesoro que llevaba? Lo mismo era la grana, el oro o la seda, era la fe cristiana que todo lo compra; sólo le bastó al santo señor pasar el cepillo, hincar la rodilla; ésa era la pérfida humillación que vergonzosa engañaba y los errores perdonaba.

La fresca mañana del 25 de noviembre de 1812, aquel simbólico día, que lucía sus mejores galas, un silencio invadió el ambiente: Atoyac se había hecho cómplice y un leve

murmullo se emitió de turbulentas aguas, los presagios de la contienda parecían parte de viejo cuento de sacerdote mixteco, el invasor acechaba a su presa. En la cuesta de Calderón tuvieron la pena de perder a cinco hermanos que por falta de alimentos no pudieron concurrir a tan ansiado sarao, y en la cumbre de San Juan del Rey contemplaron los verdes valles de la cercana Etna. Sus estómagos vacíos gruñían imprudentes, pero qué importaba eso ahora; ellos era su fortaleza y con los pies desnudos convergían por caminos inhóspitos, guiados por la esperanza de un mejor trato; nada los detenía, no se cuestionaban su facha ni su miserable y raquítica arma, sólo una era la orden:

—¡Acuartelarse en Oaxaca!



**L**a villa, pese a lo hermoso del día, luce intranquila. Voces de guerra flotan en el ambiente, rostros endurecidos, bestias encabritadas moviendo la amenazante artillería. En la ciudad, clérigos agazapados, catrines,<sup>1</sup> labriegos, fieles todos al santo rosario, se aprestan a la lucha; hay que defender del excomulgado varón la sagrada eucaristía, la gente decente se alerta, concurre a apostarse a la infinidad de fosos que tan aprisa se habían construido y que tan sólo han servido para que, ateridos sus cuerpos después de sangrienta batalla, permanecieran heridos. El indio ladino se esconde o parte a la montaña, Ecatépetl<sup>2</sup> es su refugio, no piensa por nadie dar la cara, no es por miedo al patriota que avanza ni por temor a que fuera ajena su causa: desconoce el motivo de esa lucha y esto lo espanta; sabe de Morelos; entiende que como fiera luchaba, pero también sabe que en los vencidos pueblos toleró saqueos, vejaciones sin cuento, y ante esto es mejor perderse en los cerros.

Trescientos años han pasado desde ese lamentable día cuando insolente llegó aquella gente de poblada barba, esgrimiendo su filosa espada, cercenando gargantas y desarraigando las plantas y sabias costumbres, que con intensa hoguera hizo mil teas. Asoló provincias y hasta las pequeñas aldeas. ¿Cuántos años habían pasado?, tal parece que no les habían sido suficientes, que no habían logrado cerrar

<sup>1</sup> Petimetre: persona que cuida demasiado su compostura y trata de seguir la moda.

<sup>2</sup> Cerro de San Felipe.

viejas heridas. El indígena seguía siendo el objeto que sembraba los campos, que moría en las minas, el que no sabía reír a carcajadas, el que con las espaldas mutiladas abría el camino, donde se perdió toda la esperanza.

Al hispano y al criollo,<sup>3</sup> el mestizo<sup>4</sup> les es indiferente, un pobre servil que no es ni obscuro ni blanco, y que tras largo espacio con el indígena<sup>5</sup> las migajas comparte, pero que orgulloso ante él se luce, se siente un ser privilegiado.

Es cierto, en Antequera existe la abundancia, la riqueza es mucha en la misma ciudad, pero sólo en unas cuantas moradas. El español y el criollo se desprecian, luchan, se matan; pero se unen cuando en su contra hay un grito que clama, que busca la luz de sus creencias. El peninsular se siente agredido cuando de los indios escucha un quejido o un leve murmullo que pudiera ofender su regia palabra, arguye razones y pronuncia imprecaciones, cuando el indígena intenta levantar la cabeza; por designios de Dios, de estas tierras son sus legítimos dueños, y ante tan razonable cuestión a la Inquisición le pasan la cuenta.

En la cercana Viguera, miles de luciérnagas convergen esa noche a tan improvisado campamento; sus pequeñas luces se confunden con las innumerables hogueras que calientan la flaca multitud de la mísera soldadesca. El conejo y la rata de campo son el cotidiano alimento de esa tropa y que de la dura tortilla ha sido el fiel complemento y a la incipiente ración se le une ese día. A su lado, la hoz y el machete relucen campesinas armas que el triunfo reclaman.

Bajo improvisada y austera carpa el Generalísimo des cansa, inclemente dolor de cabeza lo aqueja, se aprieta el su cio paliacate, pero no se queja. La vieja sotana tornóse gris,

<sup>3</sup> Hijo de padres europeos, nacidos en cualquier parte.

<sup>4</sup> Persona nacida de padres de distinta raza.

<sup>5</sup> Originario del país en que vive, autóctono. En América, aborigen o mestizo no asimilado.

luce desteñida. Sus maltratadas botas, de mejores tiempos tacones reclaman, largas caminatas las han hecho su presa, ¿cambiarlas?, tal vez después de la lucha o de ganar la batalla. A su lado, con desencajadas caras están los Bravo, Aldama, Guerrero, Félix Fernández y otros que después de tantas penas aún son valientes, corre por sus venas el recuerdo de sangrientas faenas. Don Nicolás observa, pregunta, y sobre improvisada mesa la invasión se traza. Varios dominicos se unen a la aventura, sus frescas noticias harán que las tropas vayan seguras; en doblado papel señalan trincheras, fortines y los cientos trampas que por sus personas reclaman. Los primeros rayos del sol interrumpen esa mañana tan fatigosa tarea, los objetivos han sido señalados y hasta los improvisados parapetos han sido considerados; nada se ha dejado para última hora, se han tomado infinitas precauciones y uno a uno han sido evidenciados a fin de evitar fatales desastrosos.

La situación prevaleciente en la villa desde días anteriores, tras la noticia de que Morelos había cruzado la cañada sin que nadie impidiera su paso, provocó diversas reacciones, muchas opiniones, todas adversas, ya que nadie se tragaba el cuento de un triunfo realista. Los dominicos extrañamente se habían negado a prestar ayuda, pero piadosos abrieron sus puertas a todo aquel que pidiera clemencia. Sobre estas razones, cada quien exponía su motivo, pero lo cierto era que nadie esperaba cruzado de brazos, sabiendo que el Generalísimo les tenía contadas las muchas fechorías que ahora les venían a la mente. Ante tales comentarios, familias enteras abandonaban la nueva Antequera: las damas no lucían el coqueto colorete ni la soberana peluca al subir al carruaje; los pequeños infantes reían alborotados, también subían, pero esta vez no habría para ellos piñatas ni colorido payaso; las jóvenes bonitas cambiaban de atuendo, el distinguido polizón lo suplían por el estrecho pantalón y la elegante levita de viaje. Todos llevaban prisa y a la margen

de caudaloso río emprendían la huida. Tras largo caminar trasponían el encumbrando portillo, por fin llegaban a Neja-pa y al cruzar por Tlacolula nada les impedía el paso, donde humildes mujeres rompían en llanto, hombres maduros y nobles ancianos que con el mísero sombrero de palma en la mano los despedían con respetuoso saludo y decían: “¡Se marchan los amos!”. A poco, intensa polvareda los cubría, sólo quedaba el rechinar de enmohecidos carruajes, ya sólo se percibía el maléfico sonido del látigo al estrellarse sobre el lomo de las bestias; pronto se perdían en el sinuoso camino. Atrás quedaban viejas ilusiones, múltiples privaciones que trajeron desde España, ¿de qué sirvió tanto esfuerzo?, aquí murieron los viejos, aquí nacieron los hijos, éstos les dieron los nietos, ahora huían, ¿y qué llevaban?, sólo migajas de tan larga estancia. Atrás quedaron haciendas y el boato, lo mismo fueron la pequeña y fértil Noria, que las mil hectáreas de Cinco Señores. Viguera se defendió heroica y sobre sus cenizas quedó escrita su pequeña historia. Huyen protegidos a la luz de recién nacida luna, raquíca caballería los protegía, nobles caballeros de viejos apellidos la conformaban, añejos lazos de amistad los unían y la tragedia de esa tarde los hermana; allí iban mordiendo el polvo del áspero camino y, por extraño que parezca, no sabían su destino; en briosos y sudorosos caballos los escoltaban. Esta peregrina y deslucida marcha la componían los Magro, los Varela y Bohórquez, los Manero, los Lazo y los Villaraza; nada los detenía.

La jauría voraz los persigue, al sentirse su igual, y para entonces se habla de que saquea su casa, de que disfruta su mesa y come en vajilla de plata; de que baila en la plaza y jocosa con la ropa del rico su mendicidad disfraza. De improvisto, Tehuantepec se ha vuelto el refugio de todos; se sabe que de tan pequeña villa se ha hecho fortaleza segura, grandes escuadrones la custodian, cientos de piezas de artillería la circundan.

Por el puerto de Salina Cruz, día a día convergen en artillados barcos, armas y provisiones; y en él, legendaria fortaleza de Guiengola, como cientos de años atrás, ahora el realista espera. No es esta vez Cosijopí el que tiende la trampa, ni el nahua Ahuízotl el que avanza, son diversas situaciones; pero ahora como antaño, todas por las mismas cuestiones, ahora es el criollo el que avanza y a punta de lanza quiere desalojar a su hermano, que como fiera defiende lo que ahora considera su casa.

Tehuantepec es el lugar seguro, saben de su calor y de las muchas carencias que en el poblado existen, saben que para llegar a él tendrán que realizar mil proezas, cruzar agres-tes montañas y caudalosos ríos; pero todo eso qué importa cuando está en juego la tranquilidad de la familia, a ésta deben poner a salvo, que llena de infortunios viaja intranquila.

Es de madrugada cuando los primeros rayos del sol los sorprenden e insolentes se filtran entre las verdes y abundantes hojas de los platanos, que como alas se mecen con el suave viento que al pasar los carruajes provoca que como locos ladren los perros, éstos los persiguen y al desusado escándalo se unen imprudentes gallinas que cruzan el espacio despojándose de numerosas plumas que se pierden en diferentes rumbos. Han llegado a Totolapan, que tras largo camino es ahora su feliz estancia. Tras regio portón se detienen, el mayoral abre sus puertas y un viejo español los recibe, lleno de emoción a los niños les prodiga incontables besos y a sus amigos, los fuertes abrazos que lo dicen todo.

Días más tarde, prosiguen su sendero. ¿Qué llevan?, múltiples recuerdos que ahora les cobran las cuentas del regio pasado.

Para la virreinal Antequera tan lamentable hora ha llegado. Un cielo gris enmarca la grandeza histórica de ese día. Cinco mil son los patriotas que comparten el rancho, el escaso refrigerio que los alimenta para tan difícil encomienda, pero

esto pareciera no importarles; el insípido café y la durísima tortilla, hermanos indígenas del frijol parado, son el succulento manjar que calma el eterno gruñir de sus empobrecidos cuerpos. Su lucha, su triunfo, que victorioso espera, no será para calmar la sed ni para cubrir la miseria de ese día; este triunfo debe ser tan grande, tan refulgente, que romperá con estruendo las cadenas del pasado que los unen, que los atan al vil encomendero, al alguacil fullero<sup>6</sup> y hasta al aprovechado clérigo de su pequeño pueblo. Esa mañana sólo los acompañan las usadas carabinas, protagonistas de ensangrentadas luchas, y en los sucios morrales guardan las escasas balas que se esconden, que se pierden entre la durísima y amarillenta tortilla.

El frío viento que llegó sin avisarles los obliga a permanecer enteleridos, sin pronunciar palabra; para ellos no hay el lujoso capote ni el soberbio abrigo, pero a estas alturas qué importa, todo, tal vez, será cuestión de pocas horas, donde sus eternos pesares los escribirá la historia.

Ahí están ahora, ante la señorial Antequera; esta vez, quizá, es la primera importante victoria que con letras de miserable sangre se anotará tan tétrico encuentro.

Morelos cuidadoso estudia los planos, sabe que tal vez la lucha sea mucha y esto le provoca desacierto; confía en los amigos que le cuentan de los muchos abrigos que se han construido para detenerlo; sabe de la valentía de Terán, de Sesma, de Galeana y de la entereza de Mariano Mata-moros; con todos ellos ha luchado y muchas veces comentado el enfrentamiento de ese día. Él no estuvo en la milicia y desconoce el arte de la guerra, pero también sabe que la desesperación y el hambre es mucha y con ella se lanza al lado de aquella tropa que, flaca, se convoca para liberarse del verdugo.

<sup>6</sup> Chapucero, persona falsa.

El primer contacto con el enemigo se da por la mañana cerca de la hacienda de Viguera. José María Regules avanza con doscientos hombres de a caballo, la enorme polvareda que levanta no espanta al insurgente; éste lo espera y un sudor frío recorre sus espaldas, pero no se inmuta. Don Eugenio Montaña y el valiente capitán Larios los comandan, les ordenan entre gritos esperarse, un solo disparo no se escucha, sólo el ruido provocado por mil cascos que imprudentes avanzan; de pronto aquella multitud que guarnecida espera, cual rugido de cien voces se levanta, se escuchan los disparos entre enorme gritería que espanta. Regules se retira. Sólo dos muertos en su huida dejaron los realistas. De improviso todo se hace fácil, se ha perdido el miedo y como sombrío recuerdo vienen a la mente las batallas de Yanhuitlán y la Heroica Huajuapán. Ya no está Trujano con ellos, pero su idea libertaria cabalgará para siempre a su lado.

La guarnición de la ciudad toda esa noche permanece en vela. Saben de la afrenta que el insurgente por siglos enfrenta, y eso los hace vulnerables; saben que esta serie de hechos son la llave que con incontenible fuerza abrirá mil puertas.

La población ha vivido días de angustia. No hay en su conciencia recuerdo de pasadas luchas, ni hechos sangrientos que pasen por su mente. Antequera siempre fue tranquila y de su economía se hablaba en toda la nación, que era una maravilla. De improviso de lejanas tierras llegaron noticias que imprudentes incendiaron los sojuzgados pueblos, pues había para ellos otra alternativa. Así llegaron José Catarino Palacios y José María Tinoco y al indígena le comentaron en silencio que para él existía un mejor trato de vida; pero no sólo ellos vinieron, también con aquellas ideas se incorporaron los idealistas López y Armenta, de quienes la leyenda cuenta que habían sido enviados por don Miguel, el cura.

Ante tales acontecimientos el realista tomó precauciones, ya que en distintos barrios, en varias ocasiones, hubo

provocaciones que con mano de hierro controló la Junta de Seguridad y Gobierno. El intendente Izquierdo, como su presidente dio la infame orden de que esa mañana fueran fusilados trescientos prisioneros, cuyo único delito había sido simpatizar con la sorpresiva lucha. Por fortuna, nadie compartió sus insanos pensamientos, que ningún sustento causarían en tan mal momento.

Morelos, pese a su difícil temperamento, era una persona que actuaba con astucia y no malsana imprudencia, por lo que esa mañana intimó por última vez a aquella sólida plaza de soberbios varones que por generaciones se dijeron de ella ser los dueños. Tres horas transcurrieron y para su desgracia decidieron ignorarlo todo. González Sarabia no recibió aquella exigencia y a su conciencia vinieron aquellas familias que en lejanos días hicieron esta ciudad, no sólo su arribo. Recordó a los viejos amigos y a los muchos tíos que en esas tierras encontraron salud, fortuna y el buscado abrigo. Esa noche, las Casas Reales sirvieron de asiento a los militares que bajo juramento defenderían a aquellas familias que en sus manos habían confiado sus vidas. La decisión, cualquiera que fuera, parecióle ingrata; consultó con Aristi y Muñoz Cano, discutió con Bonobia y a José María Regules, por sobradas razones, no lo tomó en cuenta. El arzobispo Bergosa, les dijo, huyó cual vil comadreja, y en su lugar ha quedado el canónigo doctor José de San Martín, que con su batallón de jóvenes vestidos de ingrato color parecía, como ellos mismos comentaban, que por su inexperiencia ningún servicio prestarían a la funesta jornada.

—Tenemos dos mil hombres en pie de lucha —apunta el coronel Aristi, quien no se resiste a comprender que la contienda está perdida.

—¡Basta de comentarios! —arguye Bernardino Bonobia—. Es muy tarde para cambiar nuestras posiciones, ya que todas estas acciones han sido transmitidas al enemigo

por los muchos dominicos, que criollos o españoles se han unido a sus filas.

—Así es —replica Sarabia—. Oaxaca es ahora una ciudad abierta, que incierta le espera tan terrible prueba.

—¿Qué haremos entonces? Los indios aliados huyen a la sierra y el convento de Santo Domingo nos ha cerrado sus puertas, ¿hablaste con Aparicio? —Regules pregunta a Muñoz Cano.

—Así es, y soberbio me ha contestado que su templo no será trinchera ni fortín de ningún oficial, y mucho menos resguardo de ningún militar de nuestro bando.

—Señores, ¿quiénes más están con nosotros? —pregunta el canónigo doctor, que se ha unido a tan tétrica fiesta.

—Sólo unos doscientos europeos que piensan más en sus caudales y en su mucho dinero, que en la suerte que pueda correr esta gente que imprudente de la ciudad no se ha ausentado, pues en nosotros han confiado —replica nuevamente González Sarabia—. ¡Salgamos al encuentro de esta turba que nos espera al acecho, demostrémosles que estamos bajo juramento y triunfemos o muramos con la dignidad que como a militares España, por su seguridad, por largo tiempo nos ha confiado.

Y así partieron al encuentro estos férreos caballeros que, al poco tiempo, tras la derrota, pagaron con sus vidas.





**E**l ataque dio inicio a hora muy temprana, el Generalísimo dividió su ejército en seis estratégicas secciones, todas al mando de los hombres que por diversas razones se habían ganado con honores un lugar para participar esa mañana. Dos secciones rodearon por la hacienda de la Noria, la intención era impedir la retirada que pretendieran los descabellados varones que, pese a la advertencia que se había enviado, no habían entrado en razones. El coronel Sesma atacaría el fortín que habían instalado en el cerro de la Soledad, donde supusieron que encontrarían la mayor resistencia.

—Ahí, don Manuel, atacará usted con la mayor insistencia, ya que de ello depende el éxito para que terminemos cuanto antes con esta miserable contienda, que ingrata nos enfrenta a los que por la patria mueren en ella —ordenó Morelos—. Los generales Matamoros y Galena atacarán con toda la fuerza a su alcance por la garita del Marquesado, seguirán sin detenerse al centro, donde irán al encuentro de los que están apostados en los templos de Guadalupe y San Francisco. Terán se hará cargo de la artillería, donde confiemos que su buena puntería ponga disperso por un buen rato al aparato que han montado los realistas en la verde Antequera.

Todo había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Ahí estaban ahora ante aquella ciudad que, misteriosa, luce desierta; tal vez ésta sería la primera importante victoria que con letra de enrojecida sangre escribiera la historia. De pronto el imprudente clarín convoca y ante la enorme polvareda

la inquieta multitud de cinco mil almas se levanta, el látigo corta el viento con su singular sonido y la mulada en un segundo intento se incorpora, abriendo el camino y arrastrando los cañones de oscuro metal que con rugientes bocas del infierno estremecen la comarca.

Sesma, montado en pinta yegua, los comanda con voz enérgica que se confunde ante la enorme gritería en que múltiples gargantas por la victoria claman y feroces piden entrar en la batalla. Una y otra vez les grita, convoca y ordena. La artillería que Terán comanda avanza y al Marquesado llega sin contratiempo, y estratégicamente la emplaza, abre fuego y con ello se rompe el silencio y, como torbellino, destroza todo lo que a su paso encuentra. El esparcido ganado, que pasta olvidado, de las haciendas de Viguera, Santa Rosa y el Rosario se hace del insurgente su extraño y benéfico aliado.

Sesma contempla los primeros estragos, los indispensables catalejos le proporcionan los primeros datos. Nada se mueve. Intranquilo espera, no piensa cometer errores. Un segundo cañonazo cruza el viento y, sin pérdida de tiempo, avanza el batallón de San Lorenzo. Al redoblar del tambor, el paria se lanza, se despoja del roído casqueme,<sup>1</sup> pierde un guarache y del otro se desprende, las piedras del camino no lo lastiman, éstas quedan atrás, qué importa ahora llegar descalzo; de su morena mano penden el machete, la hoz y la coa que siembra o cosecha, y que ahora es arma de su confianza.

En el fortín<sup>2</sup> de la Soledad, Bernardino Bonobia, capitán de los ejércitos de España, con el sable y la pistola ordena, clama, solicita ayuda para restituir su ya menguada resistencia. Nada detuvo a aquella turba de cobardes euro-

<sup>1</sup> Pañoleta que cubre el pecho y la espalda. N. del E.

<sup>2</sup> Fuerte pequeño. Atrincheramiento de un ejército.

peos que, despojándose de sus armas huían en deshonrosa desbandada. Bonobia herido se desangra, sabe que en sus condiciones le es imposible contener la soldadesca que impetuosa avanza. Con desgarrada casaca de dorados botones y colgantes galones ordena a sus pocos hombres incómoda retirada, montando en sudoroso corcel, entre gritos y blasfemias baja la colina y a su leal sargento, el valiente Axotlan, le confiere el mando, y éste imprudente baja el puente para que huyan sus aliados. Terán aprovecha tal regalo y como turba se mezcla junto con los suyos y rápido pone contrapeso, y un cañón de mucha carga impide al enemigo que el puente sea nuevamente levantado.

Prosiguen los disparos de uno y otro bando, pero sin duda clara es la ventaja del insurgente que por venganza clama. Un tiro de cañón barre toda aquella calle en que tras muchas puertas los realistas golpean para que se abran; todo es un extraño silencio y sólo los constantes lamentos de los heridos que piden clemencia se escuchan a lo lejos.

Terán, con el rostro enrojecido, avanza, grita, injuria a los que a su paso encuentra y muchas veces se lamenta de que un hermano contra él se lance. Frente al templo de San Felipe se le presenta González Sarabia, se encuentran cara a cara y tal vez en ese momento sus mentes coinciden en que la lucha había terminado.

González Sarabia hizo el último intento, arengando a aquella caballería integrada por extranjeros, a los que poco o nada les importaba la suerte de la contienda; al primer disparo se desvanecieron y con ello más tarde pretendieron excusarse con Morelos. González Sarabia, ante tal suceso se quedó perplejo, impávido ante lo que a su alrededor pasaba. ¿Dónde habían quedado aquellos bravucones que la noche anterior le dijeran que su espíritu y su corazón los ponían en sus manos? Se sintió tan solo, tan avergonzado, y como un cobarde tocó también las mil puertas que vergonzantes no

se abrieron; corrió como un desesperado, a su lado concurrían muchos amigos que ahora lo esquivaban y por supuesto mucho menos querían saludarlo; al final de aquella tarde se abrió la puerta que tan ansioso buscaba y tras ella encontró la sonrisa piadosa de la dulce sobrina de doña María Escalona y la Fragua.

El templo de San Felipe había caído y sus muros lucen los múltiples tiros de que fue objeto. Galeana avanza, ha sorteado sin dificultad la defensa del monumental convento y ahora sólo implora por la hora que ponga fin a tan macabro espectáculo. La innumerable tropa incontenible avanza, se escuchan aislados disparos, se dice que de los portales y de las Casas Reales los atacan.

—¡Son muy pocos! —arguye Matamoros.

—¡No lo crea! —le grita Terán—. ¡Hay una fuerte resistencia que vale la pena que tomemos en cuenta!

—¡Son suyos! —contesta Matamoros y con esto al joven capitán le pasan la cuenta. Galeana no hizo esfuerzo alguno, Santo Domingo abrió sus puertas como se había convenido y trescientos prisioneros salieron de las celdas. Tres cañones fue el precio que se unió a aquella desventura, y por extraño que parezca de sus bocas no brotaron los proyectiles que en lejanos tiempos azotaron la provincia.

En El Carmen es diferente, decenas de religiosos españoles hacen fuego y varios insurgentes ruedan mortalmente heridos. Matamoros no se inmuta y colérico convoca a aquel puñado de valientes que con el dorso descubierto a los defensores hacen frente. En esa lucha un fraile carmelita se distingue, Matamoros lo intimida; pero aquél, para su desgracia, no se rinde; la lucha continúa, al fraile le embaraza la sotana y desesperado la manga se recoge; de improviso un certero proyectil cruza el espacio y en el pecho de aquel fraile rebota, destrozándolo en pedazos, como si fuera espectáculo de lejanos tiempos. Los religiosos, al ver a su capi-

tán herido, huyen, se esconden despavoridos; sólo un clérigo corre a ocupar el puesto que el fraile Félix defendía, pero esto ya no era suficiente y a sus mentes concurre la siniestra aventura de otros templos.

La desbocada caballería irrumpe peligrosa por las estrechas y empedradas calles donde, tras de las ventanas, los vecinos asoman sus imprudentes caras. Tras de las rejas de viejas vecindades, los asustados perros ladran y muchos de ellos se unen a la desbandada de aquellas bestias encabritadas.

José María Regules se une a la escasa resistencia, sabe que su vida está en peligro. Busca asilo con los padres carmelitas y en incómodo ataúd se esconde y, para su vergüenza, el capitán Fuentes, su compañero de armas, pretendiendo salvar su vida, a Matamoros lo denuncia. Cuántas cosas ocurrieron, faltan dedos para contarlas, donde las cuestiones no se esconden cuando de la vida se trata. Así fueron denunciados González Sarabia, Aristi y Muñoz Cano, y hasta aquellos europeos que, ilusos, en lujosa caballada se enfrentaron a Morelos. Esa mañana de nada sirvieron los doscientos caballeros de la legendaria y prestigiada compañía de la vieja España.

En los portales de la Alhóndiga y los de Quiñones varios jóvenes religiosos de aquel ridículo batallón de la mermelada, en fatídica lucha se hermanaron con los labradores y artesanos de la ensangrentada Antequera; todos gritaban, clamaban por salvar la villa, pero para su desdicha, nadie acudió en su ayuda. Las campanas de la sobria catedral se unieron en sonoro repicar a las necesidades de otros templos, pareciera que suplicaran a los que aún permanecían escondidos y que, cobardes, no querían dar la cara. Así la lucha continuaba, y con el tiempo los disparos se hicieron menos y sólo los lamentos de muchos de los vencidos iban en aumento.

En las Casas Reales como reguero de pólvora corrió la noticia, a grandes voces y agitados pechos se dio por hecho

que Santo Domingo había abierto sus puertas y que los defensores del monasterio de El Carmen, en enconado combate, también habían sido vencidos, parecía que la lucha estaba perdida.

—Depongan las armas —ordena González Sarabia, con voz entrecortada, a sus oficiales—. Hemos sido vencidos, porque de antemano sabíamos que se había vendido la plaza.

—Se peleó con valentía y denuedo —agrega Aristi, y Bonobia a un sargento ordena partir de inmediato a la capital de la Nueva España, comunicando que Oaxaca se había rendido.

En la ciudad ondean infinidad de blancas banderas, suplicantes en muchas casas, donde familias enteras se unen a la soldadesca en desvergonzada y descarada entrega; los abrazan, los festejan, pero la turba triunfante los rechaza; si tan sólo horas antes como hijos del propio Satán los trataban... Sólo el indígena comarcano no pierde su entereza; cierto, no es el mestizo que hipócrita se entrega y jubiloso ofrece su modesta casa, él sabe de la grandeza de sus viejos e indómitos que no bajan la cabeza. Sólo dos horas bastaron para que aquella jauría venciera y a la señorial Antequera entraran como criminales en brutal atraco.

El Generalísimo en la reserva esperaba, se dio el suficiente tiempo para que con Rocha y su consejero, el fiel Zambrano, disfrutaran de succulento almuerzo. Al fin llegó la noticia como se había previsto: no encontraron la usual resistencia y el ejército realista, por fortuna no contó con la asistencia que por tanto tiempo esperó en su auxilio.

Por su parte, los realistas se hacían mil conjeturas, entre ellos discutían, sabían de la llegada de Morelos y conscientes del ejército que con él se acompañaba hicieron los preparativos, construyeron los cuarenta y dos parapetos donde esperaban contenerlos, instalaron la artillería con los treinta y seis cañones que Bernal, el catalán entendido, había fundido como verdadero maestro. En fin, tomaron tantas precau-

ciones que no concebían que en tan sólo dos horas todo se hubiera perdido. Los dos mil soldados esperaron, y muchos de ellos ni siquiera se enteraron cuando el insurgente, a punta de lanza, ya los combatía.

—En fin, fueron tantas cuestiones —arguye González Sarabia, quien no logra entender la razón por la que la defensa había sido vencida.

—Nadie entendió mi comentario sobre los dominicos, que extrañamente salían a deshoras; éstos daban diferentes razones, pero sólo ustedes pareciera que ignoraran su amistad con Morelos —se confiesa el canónigo San Martín, quien en varias ocasiones lo argumentó con el fraile Aparicio.

“Es tarde para lamentarse —concluyeron todos—, la ciudad está sitiada y tal vez sea difícil lograr que por algún punto logremos dar seguridad a nuestra fuga”.

En las puertas de las Casas Reales se despidieron, ante el sorpresivo fuego que Matamoros, en agresiva lucha, sostenía con los que aún resistían bajo los portales de las Casas Reales, de la Estrella y el de Clavería, donde se encuentra el Señor de la Columna. No pasaban de las doce del día, cuando reinaba un profundo silencio; los cañones enmudecieron y de sus bocas ya no salieron más voces de fuego. Un grito de júbilo recorrió el ambiente y como reguero de pólvora se extendió la noticia.

La señorial Antequera se había rendido y desgarradas se abrían sus puertas. Era pasada la una cuando Morelos emprendió la marcha, gruesas gotas de sudor rodaban por sus oscuras mejillas; sus inquietos y negros ojos intrigados recorrían el panorama que, ingrato, se desarrolló al trasponer la mañana; le pesaba que se vertiera la sangre del hermano, que regara los campos en enconada lucha, y lleno de enojo al peninsular lo llamó culpable.

—Trescientos años no les han sido suficientes —le dijo a don Benito Rocha—. Es hora de que regresen, de que se

vayan a su casa; no les vinimos a cobrar pasadas cuentas ni humillaciones sin cuento, sólo queremos que se marchen.

En lo más alto estaba el sol cuando llegó a las Casas Reales y, por extraño que parezca, a su paso por el templo de la Compañía se desprendió el escudo de España que por tanto tiempo lució en su portada, pareciera que el tiempo había unido a aquel universo de acontecimientos. Los informes de tan clara batalla le empezaron a ser proporcionados: Santo Domingo ha caído al igual que San Francisco, que sin poner resistencia abrió sus vetustas puertas; sólo la Santa Veracruz y el convento de los betlehemitas resistían, hacían un último esfuerzo, y en éste, cuenta la leyenda, con heroico salto Félix Fernández cambió su nombre por el de Guadalupe Victoria. Convocó a sus hombres y entre disparos atravesó aquella lluvia de mortales descargas. Tras corto tiempo derribó las puertas de aquel monasterio que tan tenazmente le puso resistencia.

La turba incontenible tiraba regios portones, zaguanes de ricas mansiones y los tenderos del portal de Quiñones fueron fácil presa de la desventura. El fiel sirviente se unió al festín de aquella tropa, que incontenible provocaba que hasta el más insensible se trastornara; nada los detenía, los estómagos vacíos eran el genio militar que los convocaba, de él venían las órdenes y las muchas razones para ganar esa contienda. La tropa se dedicó desmedida al pillaje, transitando por las calles mientras profería mil injurias y dibujaba ademanes insultantes. Toneles de ricas maderas fueron destruidos y numerosos litros de aguardiente o de exquisitos vinos se vertieron por las calles; indumentarias de finas sedas, brocados y rollos de diversas telas, joyas y alhajas de muchísimo valor se remataban. De toda esta tragedia fue el mestizo quien más obtuvo provecho, pues como un bandido, de su madriguera había salido, sacando partido del infortunio del humillado vencido. Pero no todo fue llanto y profundo desencanto lo que este tropel de indígenas provocara aun-

que con su facha a morirse de risa convocara: a los oficiales los desnudaron y de sus uniformes y de las levitas de varios empleados se vistieron. Así, Morelos arengó a aquella desdichada tropa que ahora sus harapos cubría con esa ropa que loca provocaba sonrisa.

Sólo fue una mañana en que con tanta saña se produjeron mil hechos, que por cierto a no muchos de los allegados de Morelos dejara satisfechos. El rico menaje de las casas de varios europeos pasó a poder de un humilde tejedor de telas y paños que todos los fines de semana llevaba a vender al cercano mercado. A su precaria vecindad concurren ladrones y conocidos bribones, ya que por todos era sabido que aquel viejo mañoso todo lo compraba; así se intercambiaron muy pocas monedas por lujosos candiles, mantillas, peinetas o cuchillería de plata, y hasta hoy es bien sabido que este oportuno personaje se aprovechó del ultraje que los harapietos de Morelos cometieron en Oaxaca.

En la casa de Simón Villegas, el Generalísimo se instaló y con su Estado Mayor hizo el recuento del glorioso encuentro que se llevó a cabo ese día. Terán rindió su informe, Sesma se mostró conforme con la acción de su artillería y Galeana comentó la desdibujada huida de la caballería española al mando de González Sarabia.

La empedrada calle de San Felipe sirvió de teatro al triste espectáculo que se montó esa mañana; sólo bastó un disparo para que los actores de la lejana España pusieran tierra de por medio. No fue ya mucho el tiempo que se prodigó tan enconada lucha, cada quien invocó sus derechos y arguyó sus centenarias razones, pero al final de precarios momentos todo había concluido. Las ideas libertarias de Morelos y los suyos habían triunfado; ahora, como no mucho tiempo atrás en la cercana Viguera había sentenciado, estaban “¡Acuartelados en Oaxaca!”.



Esa noche nadie dormía, había sido la más larga y trágica de que se tuviera memoria, pues no había en la historia de la señorial Antequera sucesos que mancharan la presencia de los viejos conquistadores que una distante mañana llegaran de España. ¿Cuántos habían sido? Pocos lo recuerdan, ya que por ser tan lejana, hasta se habían olvidado de aquellos varones, incluso de sus nombres. ¿Dónde habían quedado Nuño del Mercado, Badajoz, Orozco o aquel que trazó la ciudad, el jumérico Alonso García Bravo? ¿Y qué decir de aquella férrea mujer tan bella, tan hispana, la sin igual María la de Estrada? Todos sembraron en la fértil Ciudad de los Higos lo mejor de su materia, unos tal vez se equivocaron y muchos quizá trataron de lavar en la oración sus miserables conciencias del escandaloso maltrato que del humilde indígena se hacía.

Varios habían recorrido caminos, buscando cambiar su destino, y en loca carrera surcaron los mares para aliviar sus penas de amores y otros muchos para olvidar la miseria que en sus lugares habían vivido. ¿De dónde habían venido? Pocos lo comentaban, ya que tal vez eso carecía de importancia porque, al final, todos coincidían en que, por los mismos motivos, todos se ausentaron de su lejana provincia.

—Morelos está ahora en Oaxaca —comentó doña Luz Manero, quien por necia y por vieja no quiso abandonar su casa; reposando en cómoda butaca hizo nota de la presencia del cura, y socarrona agregó—: Este soberano varón debe tener sobrados motivos para continuar esta lucha.

—¡Y hasta pareciera que la disfruta! —respondió la anciana nana, que tan necia como su ama le hacía compañía; pocos criados quedaban a su lado, ya que los muy ladinos no pretendieron ser héroes, ni mucho menos integrar la leva que el Generalísimo por la fuerza estableciera, y que el escurridísimo indio las más de las veces por las buenas, o por las malas, sus órdenes nunca obedecía.

Esa noche se derribaron puertas, lo mismo que regios portones; no había nada que detuviera aquella avalancha de miserables bravucones, que insolentes se atrevían a hablarle de tú a los patrones. “Esto es un escándalo”, era el comentario que se hacía en diferentes salones. “No se respeta nada ni a nadie”, era la oración que mortificaba y en nada edificaba el buen nombre del cura de pueblo, que necio proclamaba “¡Todos somos iguales!”. De reojo se miraban criollos e hispanos, ya que por todos era bien sabido el motivo de esta extraña contienda. “No hay de qué preocuparse”, se decían entre de ellos. “A Morelos lo acompañan escasas personas capaces para poder gobernarnos, en su mayoría ¿quiénes son? Criollos, mezquinos, que con buen tino escogió el sa-gaz hispano que a la Madre Patria ya no quiere enviar más el diezmo”.

—No nos engañemos, vean lo que en la calle ocurre: el mestizo se divierte, el indio se disfraza y al Generalísimo todo este desaguisado le hace guasa. Sólo hay que fijarse a quiénes ha aprehendido y a quiénes ha invitado —comentó don Juan de la Estrella, quien pese a las constantes amenazas, al Generalísimo había desairado. Éste le había ofrecido magnífico puesto en el Cabildo, pero pese al lustre que tal nombramiento otorgaba, aquél gentilmente no se lo aceptó.

Don Joaquín Villasanta presto de su poltrona se levantó y al señor De la Estrella su actitud le reclamó:

—Usted no lo entiende, pero debemos ser muy prudentes, ya que de los nombramientos que se mencionan, ¡todos

escuchen bien!, han sido bajo constantes advertencias y, con esto, la tranquilidad de las familias se encuentra en constante embarazo.

—¿Qué nos cuesta seguirle el juego? —arguyó don Mariano Castillejos.

—Yo en verdad no creo que este desdichado suceso dure cien años —A la discusión se unió el culto licenciado don Manuel María Mimiaga, a quien por cierto el dominico Aparicio esa mañana el cuento le pasó, ya que en los corrillos se contaba y muchos se lamentaban del nombramiento de don Mariano Magro, a quien esa madrugada de alférez real se la habían dado. Así comentaban los más suspicaces y con ellos el más prestigiado, don José, quien también llevaba ese nombre, se unía a la obra que en mala hora montaron los criollos en la verde Antequera.

Los hechos prosiguieron, precedidos de un mal presentimiento: se decía que cerca de la pequeña villa de Tlacoahuaya se había aprehendido a Bernardino Bonobia, teniente general de los ejércitos de España, quien montado en humilde borrico y cubierto con mísera sábana pretendía, con ridícula facha, escurrir el bulto para refugiarse en las cercanas montañas. Jacinto, el indio que lo guiaba, no podía ocultar su alegría al saber el nombre y el cargo de la persona que, inocente, a él se había confiado, y a los arrieros que a su paso se topaba les soplaban al oído el apelativo de tan noble persona; sabía de la recompensa que por los realistas ofrecía Morelos y por este motivo se frotó las manos. No lo movía la gloria y con hecho tan simple pasó a la historia.

El pueblo se irritó al conocer el suceso y, cual pérfida jauría, al oficial pretendieron linchar, le gritaron, lo injuriaron, le escupieron y con largo mecate pretendieron colgarlo. Bernardino no se inmutó, sabía que su calidad de oficial le daba garantías y a la autoridad sin ningún recelo le confiaba su cargo. Ante esta razón, el más anciano lució su vara de

mando y con tan preciado sujeto partieron a Oaxaca, donde darían cuenta a aquel cura que para ellos, en esos momentos, era un misterio. Antequera sabía del asunto y no había casa, por humilde que fuera, que no se angustiara y de hinojos a su santa patrona pidiera por tan donosa persona.

Así, uno a uno, van sucumbiendo, todos pretendiendo ser prisioneros de guerra. Morelos no sabe de terrenales motivos y al cielo reclama la sutil trama que estos caballeros le ponen por trampa. A él y a los suyos no les interesa su condición guerrera, ya que ésta, por trágica, conlleva condiciones funestas; así vinieron a su mente tanto José María Tinoco y el valeroso Catarino Palacios, como sus cercanos paisanos Miguel López de Lima y el sargento José María Armenta, quienes sin medir consecuencias gravaron en sus conciencias el pesar de sus hermanos. Pesares van y vienen, y todos concurren cual desenfundada necesidad que mortifica a los humanos.



Varias noches pasa en vela, ya su mente le suplica al universo por la decisión más justa. Por fin, en una de tantas se decide, revisa una y otra vez la larga lista, compuesta por aquellos personajes de espléndidos ropajes y a la tenue luz del par de candeleros, que son su única compañía, señala hora y día en que será fusilada aquella caterva de soldados que, sanguinarios, han asolado por largo tiempo tan precarias cementeras. Zambrano está en la puerta y en el rostro de aquel mestizo pretende descubrir el colapso que debe albergar su amoroso corazón de humilde cura. Ante una decisión tan severa y a la vez tan cruda, Morelos no se conturba y con enérgicas palabras continúa.

—Es verdad, señor Rocha, muchos de nosotros no somos letrados y por supuesto ni escribir sabemos; pero también es verdad que, por circunstancias ajenas, nunca nuestros hermanos aprender pudieron, pero ahora, por designios de Dios, pese a nuestra ignorancia, estos miserables están en nuestras manos. Qué nos importa lo que esta podrida aristocracia comente, ni que se burle de nosotros, a esta hipócrita gente, que besa su mano, le ha llegado su hora —les dice, y esa misma tarde les entrega los nombres que con mano de hierro deberán ser juzgados. Tan fúnebre nota la encabeza González Sarabia, teniente general y comandante de armas; Aristi y Muñoz Cano, Bernardino Bonobia y, por supuesto, José María Regules, el siniestro criminal que la gélida Mixteca tiñó con el rojo color de la grana.

La apostilla<sup>1</sup> corrió como reguero de pólvora y a diversas familias aterra el fusilarlos; es lo que nadie concibe y en sus semblantes se dibujan el estupor, el asombro, la tragedia. Las teas que iluminaban las sólidas fachadas de las mansiones señoriales se han consumido, prodigando con la ausencia de su luz el siniestro temor por estar fuera de casa; ya no se escucha la confiable voz del sereno, ni el pequeño resplandor de la vela, que protegida por el necesario papel de estraza, disfraza la dulce palanqueta, la pepita, la papa salada y el pequeño garbanzo. Las ascuas del ocote ya no guían los pasos de la anciana, que cubierta de humildísimo reboso se protege el curtido rostro de la gélida presencia de la noche, ya no se escucha el rechinar del necesario carretón de la basura, ni todas aquellas singulares cosas que hacían de Antequera una de las provincias más tranquilas y hermosas. ¿Dónde ha quedado el constante sonido del teñir de las más de las campanas, que mudas parecían abrigar los mil hechos acontecidos a través de los tiempos, haciendo de Antequera la más rica y cultural de que hubiera memoria? La anciana ciudad luce ahora desierta, sus cuatro soberanos portales muestran las huellas de aquel atropello, que lastimó sus piedras. Al Señor de la Columna se le han apagado sus cirios y un silencio de muerte y mal hedor se ha hecho cómplice de aquel trágico ambiente.

En las regias mansiones y precarias viviendas, tras el aluvión<sup>2</sup> de oraciones se vierten las más encontradas opiniones, todos cuestionan y blasfeman contra el insurgente el más bajo de los anatemas.<sup>3</sup> Una intensa calma cobija el espacio de todas aquellas personas que, temerosas como en añejos tiempos, se lavan las manos, guardan silencio, y hasta

<sup>1</sup> Explicación, observación.

<sup>2</sup> Avenida fuerte de agua.

<sup>3</sup> Maldición.

los pequeños niños, también azorados, abrazan tiernamente a sus perros y a sus pequeños gatos. En la mansión de los Magro la cosa no es diferente, por todos es bien conocida la añeja amistad que los une con la familia Bonobia. Quienes ahora lamentan la trágica presencia de Morelos en la verde Antequera deploran la mala fortuna de Bernardino y, por supuesto, la sangrienta actitud del eclesiástico que ahora lo tiene en sus manos.

“Algo debe hacerse, no es justo cruzarnos de brazos”, replican las damas, que en el atardecer de ese día, sigilosas se habían reunido. “¿Qué pasa, Mariano? ¡Este no es el trato del que como caballeros hablaron! ¡Recuerda!, se entregaría la ciudad sin resabios, olvidando los supuestos agravios que entre las familias había. Aquí se pactó con Aparicio la actitud que asumiría el insurgente cuando confiados se proporcionaron los bosquejos de los parapetos, de los que supuestamente nuestras tropas serían defensoras”. Así esa tarde se hablaron mil cosas, las más vergonzosas, como la canallada que se cometió al entregar a Morelos la señorial y culta Antequera. “Están saqueando las casas”, prosiguen en su comentario las nanas, que al lado de sus afligidas amas se unen al embuste que trágicamente se vislumbra.

El resonar de la aldaba inquietó más aún aquel pequeño corrillo, compuesto por longevas matronas y una que otra joven señora que a la seductora señorita no perdía de vista.

—¡No abras el portón, sin antes preguntar a quién busca! —Es la oportuna advertencia que el viejo español hace al fiel servidor de su encargo. De las azoteas se escuchaba el silente silbido o el leve susurro de los guardias que recelosos custodian la soberana casona de doña Barbara Magro. El leal servidor sabe de la responsabilidad de su cometido y, ante tal situación, al imprudente con enérgica voz le pregunta:

—¿Quién es y a quién busca?

Todo fue cuestión de un minuto, no hubo necesidad de hacer nada, la sonora voz del amigo fue reconocida por el viejo mandador de la hacienda.

—¿Qué pasa, Pedro? —le pregunta—. Mira cómo vienes —Ya que de una de sus sienas escurre un largo hilo de sangre. Pedro no pudo contener la ira y a bocajarro le comunicó:

—Esos desgraciados quemaron la hacienda y muchos hermanos que pusieron resistencia, después de salvaje golpiza, fueron colgados.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacemos? Esos bandidos se jactan en los pueblos de que son los nuevos dueños —Pedro no supo qué contestarle, ya que para sus adentros pensó que tal vez estaban en lo cierto.

En la sala la situación había tomado rumbos diferentes; la mayoría de los comensales no usaban el florido lenguaje tan acostumbrado en el seno de esas viejas familias. Doña Barbara no se resiste y discute sobre la suerte de Bernardino Bonobia, González Sarabia, Aristi y Muñoz Cano, quienes con el corazón en la mano habían defendido hasta el último rincón de la patria.

—¡Son héroes! —inrepa a su hermano—. No simples soldados, no entiendo —le repite—. Te tendieron la mano, aun cuando no se la habías pedido y ahora ¡por Dios!, ¿dónde han quedado aquellos sentimientos tan nobles que nos legaron nuestros venerables ancianos. Vayamos al encuentro de Morelos, recordémosle con valor el acuerdo y no como un miserable te laves las manos.

Un corto lapso rompió el embarazo de aquellas últimas palabras. Doña Bárbara tomó del lujoso sillón la blanca y mayestática<sup>4</sup> mantilla y salió tan aprisa que, ante el asombro de todos, nada le impidió el paso; se cubrió la blonda cabellera y, ciega, no escuchaba las convincentes razones que a gran-

<sup>4</sup> Propio de la majestad, elegante, suntuosa.

des voces pretendía explicarle su hermano. Cruzó el enorme patio, donde en pequeñas jaulas inquietos saltaban el gorrión y el ceniztli. Tal vez para sus adentros se preguntó en dónde había quedado la tranquilidad de esa casa. Recordó su infancia, la inundó la suave fragancia que despedían las flores y en distante rincón quizás adivinó la presencia de aquella noble anciana. Cuando llegaron de España ya nada la contuvo, parecía flotar al transitar por la plaza de Cántaros. Sin reparos, llegó al portal de Quiñones y al Señor de la Columna le explicó sus muchas razones; lloró, suplicó y a él se encomendó, sabiendo que sus reclamos eran llanos y justos. Al fin, arribó a la casa de su viejo amigo, donde el Generalísimo Morelos había hecho su abrigo; se sintió mortificada, tan frágil, tan sumamente cansada. Ante ella estaba aquella amplísima escalera que nunca ascendió con premura, donde al acudir a diversos saraos su amiga inseparable fue la tierna sonrisa de su dulce madre. A su mente vinieron las voces de mil rezos<sup>5</sup> y los diversos cantos de aquellos virtuosos que con pífanos y atabales,<sup>6</sup> con mil notas musicales transportaban con Dios a sus confines celestiales. Recordó a los amigos, sus amorosas palabras, sus maliciosas sonrisas que sin reparo querían llevar más aprisa el galano cortejo, donde el sabio anciano daba el sano consejo para no caer en el lazo que tan lleno de gracia y encanto había alguien tendido por trampa.

Reflexionó: “Todo transcurrió tan aceleradamente: mi niñez, la mágica preñez de mi madre, el llanto en el deceso de mi padre, la juventud que embriaga y colma de rosas la distancia y frágil se acompaña de mil mariposas, que cual torrente de cristalinas aguas se vierte y confunde tu juvenil inocencia. Dónde se escondió aquel universo de preciadas cosas, la prédica de Lucero, las piadosas palabras de Minaya,

<sup>5</sup> Flautín de tono muy agudo.

<sup>6</sup> Timbal, tambor, tamburil.

el sermón de la montaña. Todo me parece tan completamente absurdo, tan insensato, tan funesto. No era concebible el sangriento aparato montado en la antes tranquila Oaxaca. Las madres rogando, los niños inocentes suplicando por el pan, que ya no existe. ¿Qué es el insurgente? ¿Un santo o un demonio? Y llena de vergüenza, al creador por mi insensatez pido perdón”.

El portón estaba entreabierto y en su interior la mísera tropa, que insolente el polizón<sup>7</sup> toca; se arma la gritería, palabras obscenas que no le son ajenas a tan noble persona. Galeana, al pie de la escalinata, lo ha observado todo y, enérgico, trata de impedirle el paso. Para ese momento ya no hay ningún embarazo que detenga ni mengüe la pena de tan colérica dama. Hermenegildo hace un último intento, pero nada sucede; la gélida mirada lo sacude de pies a cabeza y dando un pequeño giro le cede inconforme el acceso. Para ese momento la tropa estaba engallada y la presencia de Morelos fue necesaria y, ante la severidad de su aspecto, mejor calla. El más singular de los Bravo, comedido, le toma la blanca mano y con ella asciende ante la ira del airado indígena, que a esa hora piensa que para aquellas personas ha tenido suficiente paciencia.

El Generalísimo irritado le reclama su imprudencia, la insolencia del trato a Galeana y el desprecio con que juzgó a sus hermanos. La mujer, para entonces, había perdido su donaire y sus afechos modales, y necia cuestionó a Morelos por el trato que le pareció que le había salido barato a aquel hatillo de miserables que le entregaron la ciudad sin reservas.

—No entregaron nada que no se cobre en el mañana — replicó Morelos, bastante molesto—. Consulte con su hermano, con el dominico Aparicio o con el licenciado Mimia-

<sup>7</sup> Armazón.

ga, porque de lo que usted pérfidamente me acusa, yo no sé absolutamente nada.

Don Benito Rocha se dio cuenta de que Morelos había perdido imprudentemente los estribos y con su oportuna intervención pensaba dar nuevos bríos a la discusión que había confundido a Morelos.

—Tome asiento, señora, y por favor serénesse —le suplica, con voz tan segura, que como filosa daga devolvió tranquilidad al ambiente—. Quisiera adivinar sus motivos, pero recuerde, somos militares y no entendemos, por el momento, cantos de sirenas ni quijotescas razones señoriales... es cierto, se ha vertido sangre de hispano, pero muchísima del hermano; pareciera una lucha fratricida, pero que ingrata nos obliga a librarnos del tirano.

Como si adivinara sus pensamientos se refiere a Bonobia y a Aristi y Muñoz Cano, sabe de sus incontables saraos<sup>8</sup> y de sus envidiables reuniones; pero también sabe de las muchas ocasiones en que a golpes de látigo ha hecho ingrato honor de su nombre.

—No señora, no estamos aquí para aliviar vuestras penas, ni para hacer más ingrata la diaria faena que al hermano le han impuesto con saña.

—Pero es que yo... —Pretende interrumpir la noble dama.

—Sí, señora. Usted desciende del cómodo carruaje y, soberbia, consuela a los niños del ultraje que sus madres han sufrido en el mísero paraje por aquellos varones de dorados galones, que sin remordimiento poco les importa el lamento y el trágico momento de tan humildes personas. Por el contrario, es la aventura que divertida se comenta en sus ornamentadas reuniones y que hacen del hispano el más cruel y vulgar de los varones.

<sup>8</sup> Reunión donde se baila.

La plática, antes agria, cambió de tono y en tan singular salón ya no hubo cabida para solicitar perdón para tan galanas personas, y el 5 de diciembre de 1812 Bernardino Bonobia, coronel de los reales ejércitos, caballero profeso de la Orden de Calatrava,<sup>9</sup> partió a la encrucijada de donde nunca retornan los muertos; su severo castigo marcó la pauta que, como enérgico mensaje a los habitantes de la verde Antequera, ilusos creyeron que no hacía falta. Todo pareció sumergirse en aparente calma, pero por el contrario, esto los Hermanos en contra del abyecto forastero que, ante el pueblo, al hispano las más de las veces ultrajaba. Así, una cruda mañana subieron al estrado Nicolás Aristi y Muñoz Cano, capitán y comandante de armas de la intrincada Villa Alta, González Sarabia y Regules, y las palomas atemorizadas partieron al encuentro del azul del firmamento, ante el estruendo de las diez carabinas de la justiciera tropa que inmisericorde los fusiló.

Pero este hecho no causó el efecto que Morelos esperaba. En Antequera existía una clase media que no compartía sus ideas, no porque no sintiera la pena que sufría el hermano, sino porque consideraba mezquina la lucha que, disfrazada, convocaba al hispano para separarse del gobierno de España. Los hechos siguieron allanando moradas ante la fría reflexión del intruso, que iluso pretendía dominarlos bajo las arcadas de legendarios portales. En sus mutiladas columnas fue fijado el bando solemne en que Morelos explicaba su presencia en la ultrajada Antequera; muchos lo leyeron y otros tantos no creyeron en el mensaje que ese varón les enviaba, que no escuchaba razones ni las incontables opiniones de aquel pueblo que se sentía ofendido. “Es la misma orquesta que, discreta, entona las mismas melodías; es la misma nota que, hipócrita, convoca para hacernos más esclavos”,

<sup>9</sup> Orden religiosa y militar española, fundada en 1158.

era el comentario que circulaba por los humildes vecindarios, nadie creía en un cambio. La opípara<sup>10</sup> mesa del Generalísimo hacía su presa al mejor de los guisados, donde el vino corría a raudales en los labios de incontables comensales. Guadalupe Victoria se jactaba de su valerosa hazaña y Zambrano se hartaba de la constante lata que la tropa insurgente reclamaba airosa a sus mandos. Ese era el suceso que por continuo invadió de rencor a propios y a extraños. Ahí, ante sus ojos, estaba aquel bando solemne que al ciudadano común le pareció injurioso, imprudente; nadie hizo nada para evitarlo, la vieja escoba y el necesario engrudo<sup>11</sup> continuaron con la tarea que mano diestra seguía embadurnando cuanto claro se ofrecía a su paso. En el portal de la Alhóndiga se llevó a cabo el desaguisado que más tarde contaría la historia. José María Barrientos, un niño de escasos trece años, no pudo ocultar su pena y, sacando fuerza con su pequeña mano, desprendió aquel bando que tanto lo ofendía y lleno de alegría recorrió a grandes brincos el pequeño barrio en que vivía, lo mostró a su abuelo, quien tomándolo en sus brazos lo acarició muy fuerte, tal vez pensando que su imprudencia le acarrearía la muerte. No estaba equivocado, el ruido de las botas rompió el silencio de la empedrada calle del pintoresco barrio donde aquel pequeño rapaz moraba; los insurgente no tocaron a la puerta, con culatazos profanaron las viejas maderas hasta que éstas cedieron. No escucharon razones ni las muchas explicaciones que el anciano a nombre de su nieto daba, lo tomaron por el cuello y ante tal atropello los vecinos se engallaron, pero las amenazantes carabinas los callaron; las hermanas, las primas y hasta la longeva madrina les suplicaban, los ofendían, les gritaban;

<sup>10</sup> Banquete copioso y espléndido.

<sup>11</sup> Pegamento a base de almidón.

nada conmovió a aquella tropa que, ante acción tan vergonzosa, puso pies en polvorosa, seguida por la turba enardecida que tras mil imprecaciones la perseguía. Llegaron hasta el portal de Quiñones, donde por casualidad se encontraba Morelos, quien lo miró de reojo y, sin ocultar su enojo, pronunció su sentencia de muerte. El niño Barrientos fue fusilado, ahora ya no juega al aro ni a la saltona pelota; su sangre tiñó la bota y la descolorida levita del varón que rompió el corazón, como cruel ventarrón, de aquella provincia que había depositado su suerte en sus manos.



**L**a ciudad luce diferente, una sombra de sucesos la convierte en fácil presa de rencores que por siglos, en los más pequeños rincones, permanecieron olvidados. Los portales del Señor de la Columna y de las Casas Reales, y la mayoría de sus portones se encuentran incendiados, y bajo sus arcadas se cobija multitud de desarrapados que descansan de las fechorías que cometen a diario, y ahora alevosos injurian a la poca gente que imprudente se cruza a su paso. Pocos son los vecinos que se interesan por saber de buena fuente los hechos que ocurren, ya que es bien sabido que cualquier tío fácilmente, de conspirador, podía ser acusado.

Las empedradas calles permanecen desiertas y sus pocas puertas, herméticas, se conservan cerradas. Por los visillos de la regia casona de Oñate, repetidas veces se distingue la blanca cabellera de una anciana que imprudente quiere saber quién pasa por la acera del frente; hacía mucho tiempo que había enviudado, pero nunca olvidó que, aun siendo española, se sentía tan criolla como doña Engracia, la esposa del señor Villaraza; a sus hijos los había crecido bajo el estribillo de que todos son iguales, y que por muy blancos que fueran, no debían ser portadores de la soberbia que al indígena tantos males aqueja.

Ese día era su cumpleaños y, como en los anteriores, se formuló larga lista de invitados, lo mismo criollos que hispanos; así se preparó la elegantísima mesa que a los más de sus comensales esperaba y pese a los malos sucesos debían concurrir al esperado sarao. Muy temprano había ido a

misa y del cura recibió la bendición y una tierna sonrisa. La venerable anciana había heredado la suntuosa casa y a su memoria vinieron añejos recuerdos, unos vividos y otros, como en el viejo cuento, le fueron legados. No conoció a don Cristóbal Oñate ni a la venturosa tía de la que también se habla hasta hoy en día.

Longevos abuelos le habían contado diversas historias, todas venturosas, que al final, pese al deceso de tan noble caballero, fueron hermosas. A su cansada memoria vinieron viejos comentarios y hechos legendarios que a través del tiempo hicieron historia, recordó aquel galano tío del que con tanto entusiasmo le hablaba el fraile Aparicio, y el refinado Bonobia, con su fatigada mirada, recorrió aquella enorme estancia donde soberbios candeleros con tenue luz iluminaban el salón, donde como por encanto todo cobró vida; adivinó la silueta de aquel venerable varón que en cómodo sillón debió pasar por largo espacio contemplando, tal vez absorto, la infantil sonrisa de la hermosa tía que, jubilosa, debió danzar al compás de las melodías que esa tarde pareciera que cobrarían la existencia. En silencio, le pareció escuchar el roce de los muchos trajes que engalanados de muchos encajes se hacen compañía. Contempló los soberanos ademanes y las incontables sonrisas de las blancas señoritas y de las dulces muchachitas que debieron ser parte de ese cuento; ahí donde los elegantísimos atuendos parecieran plasmar el firmamento, engalanado con tantas caras bonitas, donde las inquietas jovencitas lucían el molesto polizón<sup>1</sup> y mostraban coquetas la indiscreta hebilla de la delicada zapatilla de negrísimo charol. Cuántas cosas pasaron por su mente, que como cascada de turbulentas aguas afloraron y como musicales notas resonaron en aquel ambiente, donde tantas gentes concurrieron en lejanos días.

<sup>1</sup> Armazón atado a la cintura, para que abultasen los vestidos.

Todo este mágico encuentro con el regio pasado pareció disipar sus dudas y su inusual sobresalto, producto de la presencia del insurgente en la verde Antequera. Ciertamente, el mencionado pariente ya estaba ausente, pero sus legendarias costumbres permanecían vivas, imprudentes, para no morir confusas, y aun difusas volverse leyenda de la vieja Antequera. Don Cristóbal Oñate había sido todo un caballero y, siendo corregidor, frenó en diversas ocasiones al feroz encomendero, nunca abusó del poder y cumplió con su deber como el más honroso de todos. Ese día, la anciana tía le recordó que era su cumpleaños y con él, la mañana que límpida y castellana debió de enmarcar esa fecha, su esposa doña María Escalona y la Fragua, desde días anteriores se había entregado a la faena de preparar los mejores guisos, utilizando mil artificios para lograr el mejor de los platillos.

Todo continuó en tiempo y forma, y como se había previsto, los comensales llegaron, y junto a la acera de la calle del Oratorio se acomodaron diversos carruajes, lo mismo la berlina de escasos asientos que el lujoso carruaje tirado por dos blancos corceles. Doña Mariquita, como cariñosamente llamaban a la guapa señora, pese a sus cincuenta años, estaba radiante y de cuando en cuando suspiraba, evocando lejanos recuerdos de su tierna infancia. Tenía dieciséis cuando salió de la lejana España en compañía de sus dos pequeños hermanos y la vieja nana. En Ciudad Real conoció a su esposo, quien de la nueva Antequera hablaba que era una maravilla; no transcurrió mucho tiempo y entre sonrisas y el boato se celebró aquel contrato que modificó su apellido. Abordaron una grandísima carabela para cruzar el inacabable océano, donde contaba la leyenda que aquel intrépido genovés, al tocar tierra, de hinojos, la llevó a sus labios. Arribaron a la Fernandina, y en ese enorme bastión admiró la soberbia mansión del legendario Colón. El sudor y el mosco hicieron presa de su blanco cuello y por primera

vez contempló el azul del cielo. Tormentas iban y venían, y por fin un día un grito general rasgó el ambiente, se arriaron velas y cabos, y ese pequeño grupo evocó la emoción de los que primero vinieron.

De la Villa Rica de la Vera Cruz a la nueva Antequera tragó el polvo del camino y en sus venas afloraron como espejo esas tierras que serían su destino. El señor Oñate era un hombre de benignas condiciones y no hacía caso de diversas opiniones que en su contra se vertían; por el contrario, muchas de ellas le divertían y otras su compasión merecían. En la lujosa mansión estableció que todos los viernes, mendigos y disfrazados fulleros disfrutaran de un platillo caliente, el cual era servido por su virtuosa esposa, que presurosa ordenaba a las numerosas doncellas, que pese a ser indígenas refunfuñaban más que la vieja nana, y a quienes tan bondadoso acto no les gustaba. Asunto tan generoso con el tiempo se volvió costumbre, y al pasar de los años propios y extraños comentaban con agrado tan feliz encargo. Don Cristóbal diez años fue corregidor y, durante ese tiempo, fiel servidor de las ordenanzas de su tiempo; pero este gentil caballero también tenía costumbre de recibir a los amigos, gente de curia y de toga<sup>2</sup> que a la lujosa mansión concurría, y en los amigables saraos era servido el más espléndido banquete, bañado por el vaporoso chocolate, el oloroso jerez y el estomacal amontillado; todos compartían llenos de alegría, sin pensar que un día todo llegaría a pesaroso término. Así transcurrió el tiempo. En los corredores, graciosos niños brincaban, saltaban, corrían, y los más pequeños plácidamente dormían, pues ajenos estaban ante aquella tormenta que con los años tan cruel llegaría. Todo giraba a su alrededor como suave melodía, sin importar la voz que en estridente cantar entonaba la vieja tía. Todo era parte del sutil cuento de aquella vieja casona, donde todo se

<sup>2</sup> Prenda exterior que usan los magistrados.

compartía: el gorjeo ininterrumpido de los pájaros, la algarabía, el olor de los geranios, el néctar de las rosas y los claveles, sin faltar en la esquina la sombra de la verde planta del higo. Esa tarde, la concurrencia estaba en amena charla, el canónigo don Apolinar tenía la palabra y con cierta malicia comentaba sobre la magnífica obra que el dominico realizaba sobre aquella extensa terraza que domina la verde Antequera. Tal comentario no fue del agrado de todos, y así don Fernando Altamirano se unió a aquella feliz idea que el dominico se había impuesto por tarea.

—Hace más de cuarenta años, es verdaderamente asombroso —les dijo—. Y esto contradice la humildad con la que ellos predicán.

—Así es —arguye don Diego Loeza, a quien por cierto fray Pedro le guardaba singular aprecio y muchas veces lo llamaba su hermano.

Don Juan Solórzano, administrador del estanco, no compartía sus acres opiniones, ya que por todos era bien sabido que este bondadoso y carismático personaje había recibido del dominico Salazar el beneficio de su sincera amistad y de sus sanos consejos. Así continuó el cuento que por aquellos tiempos era la comidilla que divertía hasta a las más humildes familias.

Don Cristóbal Oñate murió una mañana que ahora, por lejana, no puede recordarse la fecha; su amorosa esposa no pudo soportar la pena de sentirse sola, encargó sus cosas a varios amigos y una lluviosa tarde partió rumbo a España. Así pasaron muchísimos años. Los tiestos se secaron y con ellos se olvidó a quienes de la lujosa mansión habían sido los dueños.

La existencia de la señorial ciudad siguió su curso. Alonso García Bravo<sup>3</sup> había cumplido su encargo, y de Berrio<sup>4</sup> ante el notario Herrera había repartido los primeros sola-

<sup>3</sup> Jumérico, trazó la ciudad de Oaxaca.

<sup>4</sup> Primer alcalde de Antequera.

res bajo la condición de que la construcción debía llevarse a cabo según estricto cuidado de las Casas Reales y las del primer cuadro; serían empleados los arcaicos materiales que evocaban la lejana provincia. Nadie tenía prisa, había el decoro suficiente para tan ambiciosa empresa. La pequeña población así lo entendía, los embarazos que por largo espacio habían alterado su estancia se habían disipado. El Marqués, a pasos acelerados, construía su alquería en la cercana Cuilapan y el solar que poseía junto, donde posteriormente fue construido el portal de la Alhóndiga, lo había cedido a su viejo amigo el soldado "Tarifa". Pareciera que con esto Cortés había llegado a un buen arreglo, por lo que la ciudad podía erguirse sin el sobresalto de sentirse despojada por la sutil marejada al ser considerada como parte de las muchas propiedades del ambicioso extremeño. Ante tal circunstancia no hubo albergue en el que sus seguros dueños no manifestaran el mejor de sus esfuerzos; la paja y la piedra de uso corriente hicieron su arribo. Ixcotel desgarró sus venas y de su tierra se aportó el rojo ladrillo que en diferentes formas conformó los muros, cubrió los pisos y con las vigas dio abrigo a muchos "tíos" que tras la Conquista padecieron frío. Cuántos eran podía contarse con los dedos, pero todos convivieron al sentirse hijos de la controvertida Conquista, que por fortuna las autoridades así lo entendieron. No había casa que, por regia o pequeña, no ostentara la verdosa planta del higo y de la rosa castellana. Aquellos trescientos crecieron bajo el encanto de edificar respetando lineamientos junto a empedrados monumentos, como lo había propuesto el jumérico soldado, que al lado de Hernández de Córdoba había cruzado el océano sin pensar que su experiencia fuera la ciencia que se empleó para trazar ciudades donde se sembraron edificios, monumentos y casas señoriales. Esa era la pequeña ciudad que crecía bajo la regia silla que da el poder y maneja la economía; no fueron uno ni dos, ni cien años

los que se necesitaron para edificar la señorial ciudad de los higos; tal vez fueron muchos más que el audaz castellano, latino o valenciano necesitó para hacer de esta región la mejor de su estilo.

Cuántas mansiones se hicieron y cuántas crecieron a la par de los templos. Oñate convivió con el alarife que edificó San Felipe. Villaraza construyó su casa junto al austero templo llamado en lejanos tiempos Lágrimas de San Pedro. Los Pinelo y de la Vega, a corta distancia de la situada en pequeño risco, la de la imagen piadosa de la Sangre de Cristo. Los Magro de la Estrella y José María Ortiz al igual que todos adornaron con arcadas y fuentes que lucieran imprudentes y majestuosas enmarcaran la suntuosa catedral. Pero también había otras, tan devotas como las anteriores, tan señoriales y aun mejores, como la de don Antonio Mantecón, vecino de la iglesia de San Agustín y las Casas Reales. Las había pequeñas, pero no menos nobles, que aun construidas con adobes ostentaban en sus portales las mejores tallas, donde se esculpían las hazañas de sus dueños; en ellas moraron Orozco, Badajoz, Nuño del Mercado, Alonso García Bravo, el molinero principal don Tristán de Arellano y tantos otros que con su singular esfuerzo dieron cabida a todas las necesidades de la existencia misma.

Mucho había que comentar sobre el ser y las costumbres de la antigua Antequera a la llegada de Morelos. Cierto, todos sus antiguos pobladores ya no eran parte física de ella; pero su legado espiritual y material se manifestaba en cada uno de los rincones, ¿cómo podían desligarse de aquellos esculturales monumentos, los nombres de gentiles hombres que lucharon con sin igual denuedo para evangelizar intrincados pueblos? Ahí estaba Lucero de la mano con el genial jumérico, o Alcántara, que con mil tallas labró e hizo escuela de su materia. De los naturales de la verde Antequera fueron tantos que sería útil hacer una lista de los beneficios que con

tal inquietud fue necesaria. Cómo olvidar a aquellos viejos herreros, Tomás de Lara, José Girón y José Cabrera, cuyos trabajos férricos<sup>5</sup> alcanzaran su mejor clase y hermosura de sus tiempos. Charnelas,<sup>6</sup> pestillos, aldabas, enrejados, cerraduras salieron de las manos de los célebres mestizos Manuel Zamudio o el indómito Mateo Canieco, que andando el tiempo fue tal su arte que formaron parte del prestigio que escogió el dominico para participar en la regia construcción del soberbio barandal de la escalera del convento. Pareciera que se hubiera mencionado a todos, pero no puede faltar en la lista de tan maravillosos artesanos aquel grupo de mulatos zalameros, que en el arte del yunque y el fogón eran maestros, Manuel de Coca y Vera, Mathías de Quiroz, Manuel de Rojas, José Girón; formaron el conjunto de los pobladores mulatos, blancos o mestizos que con la destreza de sus manos dieron arte al regio material del que hoy gozamos.

Varios fueron, pero no podemos desligar en tan lejana historia la construcción de la ciencia, donde la sapiencia del dominico etnobotánico Juan de Córdova, enlaza aquellos tiempos. Santo Domingo tuvo la mejor huerta, y de sus manos no sólo salieron los injertos, también el dialecto zapoteca lo aprendió con sutil destreza; hizo de él un vocabulario que los evangelizadores utilizaron para el beneficio de uso diario.

Queda el caminar por las estrechas callejuelas, donde crujiente descende la carreta al compás del ruido musical del serrote o la barreta. Se disfruta del saludo coloquial del carpintero, del fortachón herrero o de aquellas simpáticas coquetas Mary Arias y Mary Rincón, que indiscretas enmarcan su silueta con corto delantal de blanca tela. Cuántas cosas debió encontrar Morelos: los soberanos portales de esbeltas columnas y repetidos contrafuertes, donde muchas

<sup>5</sup> Mezcla o aleaciones del hierro.

<sup>6</sup> Bizagra de puertas.

veces debió cruzar cubierto de roída capa el genial Andrés de la Concha. Todo cabía en aquella lujosa bandeja, donde el esplendor de las letras, la talla o la pintura era el ágape que disfrutaba la sociedad de la época. Por supuesto que había de todo, desde el soldado poeta que evocaba las aventuras del Amadís de Gaula,<sup>7</sup> o el sastre o el médico barbero que sabía tanto de chismes como de medicina, donde entre puntada y puntada en la amena charla debieron conjugarse las diferencias que había entre fray Pedro y aquel corregidor que, en cosas de dinero, no perdonaba a nadie. Ciertamente, en Antequera todo se había conciliado, hasta pudiera comentarse que era espléndida jaula de metal preciado, custodiada por imponentes montañas que, cual guardianes legendarios, celosas impidieran el paso del extraño o el malévolo que iluso pretendiera cambiar las costumbres de sus moradores. Fernández Fiallo<sup>8</sup> no convivió con Nicolás Afora,<sup>9</sup> ni Juan Matías<sup>10</sup> con Miguel Cabrera,<sup>11</sup> pero tanto los unos como los otros fueron personajes de su tiempo, que tras singular intento esculpieron con sus nombres las notas musicales, las madonas celestiales o las obras materiales que se erigen imponentes, pretendiendo hurgar la bóveda del cielo.

Catedral, San Felipe, San Agustín, La Soledad permitieron que, en las piedras generosas, verde o rosa, se esculpieran sus fachadas con efigies medievales. Donde la medida de sus personajes se deteriora con el paso del tiempo, los montes cambiaron de follaje sin alterar su mullido paisaje; Atoyac cambió de cauce, por la idea pretenciosa del genial Caballero que, ante tal suceso, agradece generosa la provincia.

<sup>7</sup> El más célebre de los libros de caballería, autor anónimo del siglo XIV.

<sup>8</sup> Filántropo portugués.

<sup>9</sup> Corregidor español, constructor de las Casas Reales.

<sup>10</sup> Músico y compositor indígena.

<sup>11</sup> Pintor mexicano, fundador de la Academia de Pintura Mexicana (1695-1768).

Antequera se había fundado en espacios singulares, el hombre del Anáhuac y el de lejanos mares la había construido en el mejor de los lugares. Así transcurrió el decurso que relevante prodiga a tan diversas personas. Donde la opulencia fue parte esencial de su progreso se había contenido con arrojo sin dejar pendientes; donde los cándidos no tuvieron cabida y se volvieron eternos penitentes de la época. Cuántos corregidores fueron, diez, quince o tal vez más, pero cuántos de ellos por su generosidad y sapiencia registró la historia; quizá pudiera hacerse corto o largo catálogo e insertar en ella sin menoscabo alguno a Juan Núñez Cedeño, Albornoz o León Romano, sin pretender dejar en el recodo a Diego de Ceballos, a Juan Céspedes, Espíndola o Avendaño, donde la palestra<sup>12</sup> fue parte de su entrega y por la comunión de ellos convergieron en el intervalo de la noche el mágico derroche de la diadema que hoy se nos escapa de las manos.

El epílogo<sup>13</sup> de la señorial y sosegada ciudad de los higos estaba escrito; vientos huracanados descendieron gélidos, desgarradores por las eternas cañadas de Tanilaonayaa y Ecatépetl; el encono transformó su entorno y cual lúgubre emisario, al insurgente le cedieron por siempre su galano espacio.



<sup>12</sup> Lugar donde se lucha y donde se celebran ejercicios literarios públicos o se discute sobre cualquier tema.

<sup>13</sup> Recapitulación de todo lo dicho, última parte.

Los amarillentos cirios iluminaban precariamente el re-  
tablo del austero templo del pueblo del ex Marquesa-  
do, cuando el rezo de los pocos feligreses fue interrumpido  
por el extraño ruido producido por la caravana de carruajes  
que, impetuosos, hacían su necesario arribo, cruzando el le-  
gendario paraje donde don Hernando dividió el paisaje para  
limitar Antequera de la mano férrea del capitán Alvarado.  
¿Quiénes son y a que vienen?, es la ingenua pregunta del  
procaz sacristán ante la ausencia del cura. Bajo el frondo-  
so follaje descienden, estiran las piernas y los entumecidos  
brazos, y sacudiendo las capas, las puntas por el hombro se  
pasan. Ante tal suceso se arma la algarabía de la escasa chi-  
quillería, que por ser hora no muy temprana ya se ha guar-  
dado en casa.

El viejo aduanero, con paso más que lento, ante los inso-  
lentes rapaces con el bastón se abre paso y con voz más que  
segura les pregunta cuál es su causa.

—Venimos de España —es la contestación que por res-  
puesta da aquel gentil hombre que de reojo observa a la  
hermosa aldeana que al anciano hace compañía; éste se da  
cuenta y por supuesto se irrita ante la coqueta sonrisa de la  
que parece ser su hija. Todo es parte de este cuento, donde  
el escaso vecindario ve transitar de continuo al malencarado  
soldado o al humilde arriero, que desde el lejano Acapulco  
conduce a sus bestias. Ante tal atraso descienden las nanas y

uno de los palafreneros<sup>1</sup> en la garita pregunta si la distancia es mucha para arribar a las Casas Reales. El guardia comedido da respuesta:

—Caballeros, si montáis ahora podrán en escasos minutos estar en ellas.

Prestos parten ante la indagatoria mirada de los vecinos que, extrañados, se preguntan quiénes serían esas personas que por tanta servidumbre y varios jinetes se hacen compañía. El látigo rasga el viento y esto provoca que ante el silencio de la pardeada tarde se inquieten los perros, y sus incontables ladridos se agregan al rechinado de las ruedas y se azoran al brincar las chispas que se provocan al roce del reciente empedrado. Prestos cruzan por el concurrido mesón, y al trasponer la silueta del soberano templo de la Inmaculada Virgen se santiguan devotos, haciendo ruegos y fervorosos votos por haber llegado venturosos, sin lamentar tropiezos, ni sucesos aviesos.

En la esquina que conforman las calles del Oratorio y el venerado templo de los filipitenses la comitiva al fin se detiene, y del empolvado carruaje desciende la juvenil señora, quien por línea directa procede de la familia de la extinta dama doña María Escalona y la Fragua. ¿Cuántos años habían transcurrido desde que aquella lujosa mansión había cerrado sus puertas? Cien, quizá más, quién lo sabe; pero ese día, ante el rechinar de los zaguanes, se abren nuevamente sus ancianos portones. La decena de sirvientes recorre aprisa, muertos de risa ante los desgarrados pasos de la rolliza ama de llaves; al ascender las escaleras encienden candelas, bujías y cirios, que insertos en lujosos candeleros iluminan los espaciosos salones, descubriendo el salterio o la encorvada arpa que, con diversas notas musicales, debió propiciar suspiros en diversos tíos de la lejana Europa.

<sup>1</sup> Criado que lleva el freno del caballo.

Pasaron los días, y gracias a los curas que por largo espacio la habían cuidado, todo estaba en magnífico estado; se limpiaron los espejos y por arte de magia de ellos brotaron innumerables reflejos; se colgaron los cuadros, relumbraron los candeleros; y en los cuatro pasillos se colocaron los tiestos. La regia mansión surgía soberana, lujosa como en lejano tiempo. Entre la aristocracia corrió la noticia, los abuelos comentaban que la nueva dueña era tan hermosa como la leyenda hablaba de la antigua ama; así nuevamente desfilaron por los corredores nuevos amigos que a tan lujosa casa dieron nuevos bríos. Resonó la envejecida aldaba que con su golpe impertinente llamaba la atención del noble vecindario que por añeja costumbre veía pasar con frecuencia lo mismo al señor de la curia o al que portaba quepí o al del soberano birrete. Ese día abrió de par en par sus señoriales puertas.

Es su cumpleaños y, como antaño, hay que festejarlo. Varios festones engalanan los arcos y en sus espléndidas mesas opulentos ramos de rosas son el sabio regalo al olfato. En las calles del Oratorio y San Felipe da principio el esperado acto, como antaño su tía. Los palafreneros acomodan los carruajes de los distinguidos personajes que osados concurren, ignorando las recientes heridas que el porfiado insurgente ha originado en Oaxaca y que soterrados<sup>2</sup> esperan el motivo para cobrar viejos motivos, pero esto no parece importarles y a pie o en briosos corceles transitan por la gran explanada, ante la enfadada mirada del insurgente que ha venido de lejos a cobrar a estos viejos su continua crueldad e insolente dispendio. Hay uno que observa y colérico se frota las manos; los ojos rasgados de Basilio Zambrano, rojos de ira cual pérfida serpiente, no pueden contener su enojo, y sabedor de este asunto a Morelos piensa hacer el comentario de tan ingrata patraña.

<sup>2</sup> Escondidos.

El sarao<sup>3</sup> da comienzo al arribar los singulares invitados, austeros personajes de acicalados trajes cruzan el portal de la casa; así llegan el doctor José Ibáñez de la Corvera, don Miguel de Goytea y Manero, el dominico Aparicio, los Villaraza, don Manuel Iribarren, don Felipe Iguanzo —al que días antes Morelos había desposeído de inmensa riqueza y que con necias palabras había ofendido—, los Mimiaga, el alférez<sup>4</sup> real don Mariano Magro, acompañado de su hermana Bárbara —la que hacía poco había enfrentado con José María—. Pareciera que todos se hubieran reunido bajo el esplendor de la bondadosa dama, que aun anciana tenía el don que su fascinador apellido aderezaba aquella caterva de aristócratas engreídos. De improviso la reunión se volvió incómoda, la dogmática<sup>5</sup> persona de don José Murguía y Galardi, el nuevo intendente, hizo su arribo del brazo del señor Villasanta y de don Antonio Mantecón, que en alegre charla con el carismático José Micheltorena comentaban sobre el mentado asunto en el que Morelos pretendía cambiar el impuesto al portador del insecto productor de la grana.

El arribo de Morelos a la señorial Antequera había abierto viejas heridas, olvidadas rencillas que parecían cobrar nuevos bríos; no todos los ahí reunidos estaban de acuerdo con los nombramientos de aquellos sujetos que sin ningún recato hacía rato habían ofrecido a Morelos los viejos caudales de la señorial Antequera, como era el caso del fraile Aparicio, que aun sin ser suya puso a los pies de la insurgencia la inmensa riqueza de la que era custodio el templo de Santo Domingo. ¿Qué perseguía Aparicio con ese desplante? Él no era patricio, quizá en ese momento el principal de un templo

<sup>3</sup> Reunión en que hay baile y música.

<sup>4</sup> Oficial que llevaba la bandera en la infantería, y el estandarte en la caballería. Persona que costea una fiesta.

<sup>5</sup> Actitud de aceptar como incontestables los propios puntos de vista.

de Cristo, pero nadie para disponer de la fortuna que ahora disfrutaban aquellos patanes.

Este era el reclamo que sin ningún empacho le hacían el doctor Ibáñez y don Miguel de Goytea y Manero:

—Esos objetos tan preciados no son suyos, y si su máximo orgullo es disponer de ellos, está usted muy equivocado. Recuerde que esas preesas son el pago a un beneficio divino que obtuvieron diversas personas en épocas remotas, que ahora ignotas no podemos recordar sus nombres.

—Me parece que estamos mal —Es la docta palabra que expresa el licenciado don Miguel María Mimiaga, a quien de asesor no ha mucho lo ha nombrado Morelos—. Son tiempos difíciles donde la palabra libertad está en continuo uso, y desdichadamente quieren utilizarla como instrumento de su pretendida lucha; lo cierto es que la nación no puede ser ajena a los cambios, como hace alusión en su prédica el ilustre Abad y Queipo. Todos aquí somos de alguna manera traidores y pocos redentores de la causa que abandera Morelos. No es su ideal lo que nos mortifica, y no porque su causa no sea sana y justa; lo que nos incomoda es su persona, su piel morena, su actitud altanera, prepotente y grosera; pero eso no debe tener importancia, pues ya ven, señores, cuán inocente ha sido; ahora con tan ostentosos nombramientos está en nuestras manos. Quién es Rocha o el maléfico Zambrano, acaso podemos compararlos en sagacidad y sabiduría con el sin par señor Murguía y Galardi. No, señores, Morelos es un luchador social, honesto, inteligente; pero también un ser humano a quien le gusta el triunfo y el brillo, disfruta el tabaco, pero tampoco le disgustan las mujeres y el vino. Por todos es bien sabido el escándalo que ha provocado su relación marital con Francisca, la sobrina del alcalde del cuartel, José María Ortiz; claro, debemos ser cautelosos y no presuntuosos al pretender que todo esté de nuestro lado; debemos ser muy cuidadosos de Félix Fernández, este joven militar

piensa a lo grande y, modestia aparte, me parece que es uno de los baluartes de esta contienda.

Cuántas verdades no se dijeron y cuántas no se callaron, pero todos guardaron silencio cuando se mencionaron los nombres de González Sarabia y de Bernardino Bonobia. En las Casas Consistoriales la situación se había vuelto incómoda, Morelos, por boca de Zambrano, se había enterado del sarao que se daba a corta distancia, en casa de la señora Escalona. Se quedó pensativo, en sus pequeños ojos se notaba el brillo y en su moreno rostro se dibujó una mueca de íntimo desengaño.

—Cómo ve usted, capitán Fernández, a tan suculento agasajo no fuimos invitados, o tal vez el billete se quedó perdido en algún rincón de la estancia.

—No nos estiman, para ellos no somos gente de prestigio, sino aves rapaces —refuta Bustamante, quien no distante en cómodo diván disfruta de la conversación de don Jacinto Varela—. No debemos tomarlo como afrenta, sígales su excelencia la función, pero recuérdelos que usted pone la condición de esta escena, y que esto no es precisamente una obra de teatro.

—¿Qué día es ahora? —sutilmente pregunta Morelos, que sabe la historia de la vieja casona.

—Viernes —contesta Terán.

—Pues bien, señores, es añeja costumbre que a esa regia mansión este día concurren los pobres a comer de limosna; entonces, hay que dar gusto a tan distinguida señora, que al parecer por sus años se ha olvidado de tan memorable usanza. Saque de prisión al notario Arango y al pintor Venancio, quien por asiduo a la copa siempre está guardado. Señores, hay que dar gusto a tan distinguida dama, que en buena hora debe conservar tan añejas cuestiones —y sentenciando dice a Terán—: Evite que se pronuncien malas palabras de la tropa que concurre; al contrario, quiero que se festeje con singular alegría la bondad de tan noble señora.

—¿Cuál será el acto del que dará fe el notario Arango?  
—pregunta don Nicolás Bravo.

—Muy sencillo, anotará en el libro de actas que donde comen los ricos también pueden alimentarse los pobres; y Venancio, nuestro pintor, en lúcido bosquejo, dará por hecha la escena memorable que se vivió este día. Así, a buena hora concurren al regio portón el insufrible ladrón y el vilipendiado indígena, ante la forzada sonrisa del criollo español que no puede ocultar en sus reseco labios un gesto de ira.

El Generalísimo había sentado sus reales en la casa del español Simón Villegas, y a ella diligentes acudieron el humilde artesano, el próspero quincallero, unos a contar sus penas y otros a fingirse escasos para no ser parte de los tributarios que en larga lista el insurgente había inscrito sus nombres. Así comenzó la farsa que, cual alegre comparsa, desfila medrosa al despuntar la aurora. José María está al tanto de todo, lo mismo del pequeño chisme o de los condimentos que en la cocina utiliza doña Josefina, la mestiza que le hace el servicio.

También se entera del milagro del Señor de la Columna, que en piadoso acto puso a buen resguardo la vida del noble caballero don Agustín Olmedo.

—Sí, señor —le dice la eterna beata que esa tarde le hace compañía a la emperifollada señorita que curiosas lo visitan—. Sí, su excelencia —terca le insiste—. Esto no es un embuste, ni mucho menos leyenda, es un suceso que por auténtico debe relatarse.

Ante tal insistencia, el noble insurgente lo toma con calma y ante tan empeñosas damas en cómodo sillón se arrellana.

—Era muy de madrugada cuando el señor Olmedo Ideaquez de su alcoba se retira, llama a sus criados, aquellos que por años le han hecho compañía; a los más viejos les encarga el almacén de paños y telas finas que tiene instalado en la esquina del portal del Señor, a un costado de la plaza de

Cántaros. Todo el pueblo sabe de las muchas virtudes que a este noble anciano concurren, lo mismo recibe al pobre que al rico en su casa, y aunque no pertenecía a la aristocracia, ésta le guardaba respeto y los más de ellos aprecio por el gran esfuerzo que hizo para amasar tan cuantiosa fortuna; pero como si fuera cuento, en la esquina siguiente tenía un incipiente negocio el quincallero don Pedro; éste, con o sin quererlo, fue alimentando su mente de diabólicas ideas ante la prosperidad de su vecino, que con tanto tino llevaba el negocio. Don Agustín a diario muy comedido saludaba a Berruguete, que haciendo honor a su desgracia también ese feo apellido llevaba. Así transcurrió el tiempo, don Agustín saludaba y Berruguete lleno de envidia contestaba, y para sus adentros comentaba: “Al señor Ideaquez hay que aguarle la fiesta”. Haciéndose el distraído, muchas veces lo había seguido para saber sus costumbres y así poder idear la forma de eliminarlo. El bondadoso Olmedo, como todos los días, se acercó al Señor de la Columna y después de fervorosa oración besóle las manos; este tan sincero acto se llevaba a cabo todas las mañanas y, por supuesto, no pasaba desapercibido a tan malsano individuo: ‘¡Ya sé! —dijo para sus adentros—: a esa imagen pondré veneno en sus manos’.

“Al señor Olmedo días antes le habían llegado noticias de que, en la capital de la Nueva España, muy grave se encontraba su querida hermana, por lo que esa alborada dispuso su viaje, se despidió de su familia y en cómodo carruaje emprendió tan largo camino; así cruzó por el convento de la Compañía y, como era su costumbre, al Señor de la Columna visitó antes de irse. Ante él, con grato fervor se arrodilló y humilde, a la sagrada imagen tocó las manos y, cuando intentó besarlas, sucedió el milagro: el Cristo lentamente las retiró. Ante tan inusitado suceso, de los cansados ojos del anciano brotaron copiosas lágrimas y entre repetidos sollozos pidió perdón ante el temor de que algo mal haya hecho;

pesaroso, a grandes voces llamó a su cochero, y con él llegó al cercano convento de la Compañía de Jesús; al sabio jesuita con entrecortadas palabras le comentó el extraño suceso. En ese comentario estaba cuando a gritos pidió ayuda el criado del malsano Berruguete, quien revolcándose en el piso era prisionero de la muerte. El fraile al criado le pregunta: '¿Qué sucede?', y éste inocente le contesta: 'Si tan sólo le di un vaso de cristalina agua, que después de lavarse las manos quiso tomarse'.

"Llegó el alguacil y, por supuesto, el farmacéutico, quienes dieron fe de que el infeliz Berruguete ya estaba muerto. Días más tarde se supo del lío que aquel diabólico tío había fraguado. En la trastienda había preparado el brebaje con que al Cristo las manos había untado, pensando que Olmedo, al besarlas, emprendería el viaje al lejano paraje a hacer compañía a sus deudos. Así regresó gustoso a su negocio, sin saber que su mala idea le haría presa de una mala jugada: a su criado pidió un vaso con agua, y éste por perezoso no lo había lavado, sin saber que su amo, para su mala suerte, en ese recipiente el maléfico brebaje había preparado".

Un viento frío recorre la provincia, pareciera que se hermana a la serie de noticias que pesarosas provocan al Generalísimo un dejo de tristeza y denotada melancolía.

—No era lo que esperábamos, Benito, nuestros ideales no se comparten; pareciera que a nuestros vecinos no les importara el ultraje en que por años han padecido. ¿Qué quieren?, no lo concibo, y a Dios imploro porque esta contienda se entienda, se razone y nuestros ideales, que son tan válidos y nobles, no se cuestionen. ¡Qué pronto se olvidaron de Trujano, de la sangre del vernáculo,<sup>6</sup> que también humano ha trillado el camino, intentando un mejor destino! Quizá me equivoqué con Sarabia y el pequeño Barrientos, pero no creo

<sup>6</sup> Doméstico, propio del país.

que los dos sean el culto, que esta noble provincia les sirva de escudo para que sin ningún fingimiento nos debatan. En cada incierto peldaño que hay a nuestro paso tengo miedo, Benito, ante el tenor de que hayamos sido utilizados e imprudentemente hayamos comprado querellas que tal vez no sean las nuestras.

Los dos se quedaron callados y fuertemente se dieron las manos.

La plaza de Cántaros luce su alegría, ante la algarabía que produce el saltimbanqui, que distante ha llegado a alegrar el cortejo de la cotidiana danza, que por ser la festividad de la santa patrona tan amena avanza. Desde las Casas Reales, Morelos observa los cantos, los altillos<sup>7</sup> de flores de tan diversos matices de la inocente escena y de sus negros ojos brota imprudente el escaso llanto del cura que, sin ningún recato, lleno de arrebatos, se incorpora a la alegre muchedumbre que convoca al vecindario para rendir culto a tan célebre señora.

Por primera vez José María se siente en su ambiente, compartiendo con tan sencillas personas sus añejas costumbres, que tras incontables cumbres quedaron en su lejana provincia; evocó la humildad de sus padres, sus insistentes consejos, que ahora de tan lejanos vienen a su mente, para sortear paso a paso el constante embarazo de que ha sido objeto en la áspera Antequera.

Tomado del brazo de Rocha y de Zambrano asciende el camino, donde procaz campesino le besa la mano; éste no es un indio cualquiera, sus extraños ojos verdes lo mortifican, lo inquietan y de sus delgados labios, cual suave susurro, las inciertas palabras que pronuncia:

—Tranquilas aguas serán el preludeo de tu muerte.

<sup>7</sup> Canasto de carrizo.

Morelos queda impávido. No es miedo el que lo invade, ya que él sabe que su lucha tal vez culminará con el ingrato ajetreo que pagan las luchas, que siempre se enlaza con el ingrato deceso. José María, sonriente, le pide algunos reales a Zambrano y éste, ante inusitado suceso, se desprende de la pequeña talega. Consternado, el General le dice:

—Dale algún real a este impertinente agorero.

Zambrano no lo entiende.

—¿Cuál anciano? —le pregunta, ya que a su lado sólo un enorme muñeco de carrizo forrado de papel de china de diversos colores gira vertiginosamente.

Los días siguientes transcurrieron sin incidente, los europeos les han cerrado sus puertas aun a aquellos que guardan viejas rencillas con los gachupines.

—No quiero saber nada de ellos —comenta la señora Madelaine Reymon de Voisin, a quien don Eugenio Lanson, de Paris, ha tenido en alerta—. ¿Cómo quieren ganar simpatía con las tropelías que cometen todos los días. Saquearon almacenes y han causado destrozos hasta en las pequeñas tiendas, son tan bajos y ruines que disfrutan como los canes después de los festines. Mire el atropello que acá cometieron, no sólo rompieron baúles y espejos, desprendieron tapices y alfombras, y en los pisos de la sala hasta sus necesidades hicieron. ¿Quiénes son estos léperos? Por Dios ¿de dónde salieron? —pregunta la señora del señor Voisin al coronel Ramón Sesma, que sin ningún reparo también los condena.

—Los más son indios flecheros que se habían unido a Morelos, a su paso por Tlapa —contesta, lleno de prudencia, quien también se había unido a esa turba, que como basura bajó por los cerros.

—No lo entiendo, coronel. Cómo pudo tomar decisión tan absurda, siendo la suya tan ajena a las pretensiones de este atajo de bribones.

—Excúseme que la contradiga, pero quizá algún día, mi queridísima señora, entenderá usted mis razones —Así en silencio, y con comedido respeto, prosiguió el comentario—. La presencia de Morelos en Oaxaca es sólo un accidente y no la solución a este embarazo, que por largo espacio hemos sido dependientes del gobierno del rey don Fernando. Es momento que esto se acabe, pues como usted bien sabe es cautivo del gobierno de Francia y, ante esta situación, no debemos ser indiferentes, debemos separarnos de España; pero con suficiente cautela para no caer en las manos del vecino que sin ningún remordimiento avanza extendiendo sus ya de por sí extensos dominios. Europa nos ha ofrecido el recurso, pero no debemos ser ilusos al pensar de sus inocentes pretensiones, no señora mía. Son naciones que quieren el confite completo, no sólo la escasa tajada; su país nos acecha con anhelo y el León inglés mira con recelo las acciones del galo y del norteamericano. ¿Se imagina usted si cayéramos en manos de judíos, irlandeses o gente de maléfica calaña? España de cualquier manera es nuestra madre, ella comulgó no sólo su idioma, también su religión y su historia, convivió con el nahua, el mixteco y el maya y de las dos salió el mestizo, que sólo sabe de Dios, señora, porque en su inmensa sabiduría sabrá por qué lo hizo. Aun así seguiremos siendo españoles, indígenas o criollos, pero anhelamos un gobierno independiente, donde el recurso, de quien provenga, sea para calmar los males o los soberanos andares de los que educan, de los que gobiernan y de los que en la soledad piensan que ha sido suficiente. No haremos de lado a Nebrija o a Cervantes, y por supuesto tampoco a franciscanos, jesuitas o dominicos, y mucho menos a aquellos aventureros que ilusos lucharon paso a paso con las venas desgarradas para hacer de estas provincias una nación que ahora merece respeto. Toda revolución tiene sus efectos y tal vez con el tiempo se comprenda que hay que dar sepultura en el mis-

mo lugar a sus generosos muertos; la sangre correrá a raudales, blanca, criolla o mestiza, pero al fin roja, manchará el encaje o el humilde huipil que hará de esta provincia una nación sin distingos.

Sesma partió de la intrincada Villa Alta, quizá contempló las estrellas y al Cempoaltépetl lo tuvo cerca, donde tras ingrato camino se llega a la cumbre para venerar las sagradas pisadas del legendario Quetzalcóatl o las de Santo Tomás de Aquino. La mañana luce fresca y una afligida dama se acerca a la casa de Simón Villegas. No llega en carruaje, ante el ultraje de que puede sufrir por parte del sujeto que guarda la puerta. Lleva un mes insistiendo, pretendiendo una entrevista con Morelos; ella no viene a implorar por personajes que ya son difuntos, sólo quiere el salvoconducto para partir de Antequera y dejar de portar el luto por sus amigos y hermanos, que mano impía acabó con la alegría, esa trágica alborada. Cómo olvidar aquella larga lista de jóvenes que, aun soñadores entre gritos y humillantes empujones cual míseros ladrones, partían maniatados; cuántos eran, eso no importaba, sólo había un delito que se les cobró con tanto encono, el que su madre los hubiera parido incierto día en su querida España; ahí marchaban aprisa los Carbo, los rojos Salmerón, el pequeño Simón de la Cajiga, los Heras Ignacio y Zacarías, los dos Maqueos, que por tan rubios y guapos les apodaban los efebos. Nadie llora, ya que saben ahora que, contra lo que diga Morelos, ellos no son intrusos. Nadie se inmuta y pareciera que por el contrario, disfrutaban de la ira del hombre de sucio paliacate, vestido de negro. Una vieja sin temor se arroja, cruza las filas y a su niño Pantoja, con su humilde reboso lo arropa. Allí van los Tatija, los González Renero, los Isassi, los Regules de Santoya, los Zertuche, un Allende y un Valverde y Medero. La marcha principió ahora muy temprana, y tras el polvo se perdieron en el tiempo y lo abrupto del camino; la larga caminata no salió barata, los

más de los imberbes murieron olvidados tras las piedras del sendero, todos padecieron como antaño sus ancestros. Nadie sabe dónde reposan sus famélicos cuerpos, tal vez una lejana mañana las viejas nanas cubrieron sus demacradas personas y volaron con ellos perdiéndose en los cielos. Todo fue tan cruel y villano que hasta el impasible Guadalupe Victoria no pudo olvidar la hora y lleno de dolor y mortificada congoja lloró a las puertas del soberano templo.



Doña Micaela Fronteaura había solicitado, desde semanas anteriores, audiencia con Morelos. Como dijo en un principio, lo único que deseaba era ausentarse de Oaxaca y reunirse con su esposo, el intendente Izquierdo. Esa mañana la suerte estaba de su lado: don Ramón Sesma, su afortunado tío, había intervenido en el asunto y había logrado al menos que el Generalísimo la recibiera. Ascendió de prisa ante la burlona risa de la tropa que reposaba en las baldosas, por supuesto no faltaron las obscenidades ni las malas palabras. No hizo caso de nada, ante la insultante mirada del guardia que de mala gana la conducía a la alcoba donde despachaba el hombre obscuro, que portaba camisa bretona, pantalón de pana y chaleco de paño; lo saludó sin reservas y después, tras incómodo silencio, el hombre levantó la cabeza, sus verrugas cerca del cuello las cubrió al instante, con ligero movimiento tomó la montera de seda y se cubrió molesto.

—Sé cuál es el motivo que la aqueja —Groseramente la increpa.

Doña Micaela, confusa, inocente le pregunta:

—¿Es usted Morelos?

Aquel rostro obscuro y severo la recorre de pies a cabeza, no puede entender que la arrogante mujer no supiera distinguir a la persona que tantos comentarios había despertado en Oaxaca.

—¿Sabía usted que su esposo dio la infame orden de fusilar a trescientos prisioneros, por exigir un derecho que históricamente les corresponde?

—No sé de qué me habla —responde doña Micaela—. Porque, si de muertes se trata, creo que no hay lucha, por muy justa que sea, que justifique la pérdida de vidas, por muy pérfidas que éstas sean.

—Bueno, dejemos el asunto, que a ningún buen punto nos lleva —dice Morelos.

—Sí hay un punto, señor cura, y en el que todos aquí coincidimos: usted nos llama intrusos porque cree que ilusos pretendemos hacer de Antequera nuestra pequeña patria. No, señor cura, aquí nacimos y aquí crecimos, y nuestros abuelos abrieron el camino para que personas como usted y como yo tuvieran idioma, religión y un plato de abundante comida. No, señor Morelos, no soy una persona iletrada, ya que estudié, en el convento de las capuchinas, latín, gramática, literatura, y por supuesto la historia de la mencionada Conquista. Sé de las artimañas de que se valió don Hernando, y de la cruel ignorancia de Motecuzoma, ¿o acaso trescientos, setecientos o mil españoles, llámeseles bandidos, caballeros o simples fulleros, hicieron la Conquista? Claro, no podemos excusarlos de la matanza de Cholula, ni de su triunfo en la distante homérica Otumba, porque éstas fueron paralelas, y para ello contaron con un universo de almas que clamaban venganza contra el verdugo legendario que de Tenochtitlán había hecho su sangrienta morada, donde a unos privaba de sal, algodón y otros objetos, mientras que a otros les exigía personas so pena de muerte, e incontables adornos de colorida pluma. Cuantos se unieron en esa contienda, que a gritos movió conciencias, el mixteco y el zapotecó, recordaron hechos que estaban frescos en su memoria; el tlaxcalteca, el otomí o el cempoalteca echaron de menos a los que a través de los siglos en los teocallis de la

gran ciudad habían sido sus incontables muertos. No, señor Morelos, me parece que bajo tales circunstancias no podemos culpar a nadie; usted dice que lucha por la emancipación de sus indígenas y, sin embargo, luce usted tan elegante y soberbio como el virrey don Félix María Calleja —Morelos guarda silencio. A su asistente ordena el mencionado salvoconducto, y extendiendo la obscura mano, a doña Micaela hace referencia:

—Vaya que sabe usted de historia. Tome usted este documento y vaya por buen camino, y que Dios mantenga cerrados sus imprudentes labios.

Meses después, tras penoso recorrido, doña Micaela se reunió con su esposo en la antigua Guatemala. La situación para Morelos en Antequera desde un principio había sido difícil; sólo un puñado de criollos y un par de curas deshonestos, que por ser mestizos no disfrutaban de las mejores parroquias, como era el caso del diácono Ordoño y el padre Velasco, mañosamente se le habían unido. Incluso la plebe, que otrora había celebrado su arribo, se encontraba molesta ante la incierta conducta de esta persona, que dice y se contradice a cada momento. Algo extraño se había apoderado del Generalísimo desde su arribo a la señorial Antequera: el despiadado saqueo, su falta de tacto en el fusilamiento de notables prisioneros, como fue el caso del general Antonio González Sarabia, quien poco o nada sabía de la marcha de Morelos hacia la verde Antequera, quien de paso a la capital del Anáhuac se vio comprometido a defender aquel hermoso país en el que habían echado raíces. El hombre del Anáhuac que, luciendo tan soberanos penachos, se había quebrado en pedazos para construir la monacal ciudad de los higos.

—¿Qué pasa con José María? —Se preguntan sus cercanos y sinceros correligionarios—. No es el luchador incansable que enarboló siempre tan nobles ideales; pareciera que en su corazón fuera alimentado por una insaciable sed de ven-

ganza y pertinaz encono contra todo lo que, siendo español, peninsular o cualquier ciudadano que tuviera fisonomía o marcado realismo de ser europeo, debía ser ofendido —Esto era gravísimo para el ciudadano común y corriente, ya que muchísima de su gente no era diferente de las personas que en mente el sacerdote tenía. Esta situación causó gran preocupación y alboroto, ya que muchos de éstos encontró en la culta ciudad de Antequera.

Oaxaca era una provincia española rodeada por legendarias montañas y dos serpenteantes ríos. Todo fue confusión y espanto la mañana cuando fue fijado aquel penoso bando que tanto ofendió al pequeño Barrientos. Cómo era posible que todos los vecinos, viejos, jóvenes y aun niños debieran portar la cucarda nacional blanca y azul, so pena de prisión y escarnio. “Esto es degradante y por demás insultante”, fue el comentario que inútilmente se hizo la gente de barrio y del humilde vecindario; pero eso no era todo, había que denunciar al amigo, al hermano o al cercano vecino que buscara abrigo. “Esto es inaudito. ¿Acaso piensa este hombre que somos viles soplones? Aquí somos gente de ley, creemos en Dios y respetamos al rey”. “Que busque entre sus miserables, que como bestias defecan en las calles, ellos que son de su calaña deben estar acostumbrados a tan innobles actos”, fue la opinión del carpintero, del sastre o el peluquero, que indignados no comulgaban con las acciones que como maldiciones habían assolado la antes tranquila provincia. “¿Cómo puede estar tan equivocado?”, fue el comentario que pesarosos se hicieron sus más íntimos correligionarios, quienes no veían con agrado las múltiples dádivas que en forma desordenada ofrecía a jefes y oficiales que, en afán y escandaloso derroche, se empeñaban en plan destructor lapidar la riqueza fabulosa por el simple hecho de haber sido acumulada por aquellos que, después de innumerables penas, eran llamados extranjeros. Todo pareció conjugarse en

un mismo y desagradable asunto: el despilfarro y la pésima administración del cuantioso despojo que el caudillo, con ojos desorbitados, tuvo en sus manos; nada se encauzó debidamente y voluminosas sumas de oro y plata le hicieron compañía al lujoso menaje que en incierto paraje se esfumaron para vergüenza de la causa que enarbolaba el adalid de la insurgencia.

Parecía que todo se le escapaba de las manos. Las pasiones se desataron y se hicieron parientes cercanos de las ambiciones y los felones<sup>1</sup> celos infiltrados en los mandos medios, ante la doliente inquina por ciertas prebendas y ascensos que los hacían sentirse relegados.

Nada marchó como el caudillo tal vez había previsto. Antequera no era Acapulco ni Cuautla, ni mucho menos la heroica Huajuapán. Era una ciudad de perennes tradiciones, leal a su ley aristocrática y señorial como pocas, donde la grosería de su tropa se topó con la inquisitiva observancia del indígena de Oaxaca, que no temía al hombre de Europa y que se enfrentaba con él cuándo se sentía mal o éste lo provocaba.

Oaxaca era distinta, opulenta y distinguida, y por supuesto esto le molestaba; el clero sólo en apariencia lo secundaba, Ibáñez de la Corvera en varias ocasiones se lo demostró.

La clase alta se le mostraba indiferente y la clase media se sentía ofendida ante la serie de sucesos bochornosos que el caudillo pretendía imponerles por diaria tarea; ellos no eran soplones ni vergonzantes ladrones para comulgar con tan degradantes ideas. “‘Denunciar’, vaya, qué insolente palabra. ¿Acaso cree que somos alimañas para buscar bajo las piedras al hermano o aquel que tiene diferentes ideas? Vaya que es insolente y muy poco prudente”, fue el comentario del licenciado don José Micheltoarena.

<sup>1</sup> Deslealtad, traición.

Los días que prosiguieron al tan traído y llevado imprudente bando trajo incontables desatinos. Las diferencias entre Rosains, Liceaga y Rayón se hicieron más constantes y peligrosamente profundas. Félix Fernández, Guerrero y Terán se sentían agraviados ante el boato y el lujoso ropaje que portaba ahora el Generalísimo Morelos.

—Esto es verdaderamente insensato —dijo Terán—. Luchamos por una causa que por largo espacio nos ha ofendido y ahora veamos qué pasa: el caudillo emula la insolente figura del virrey Félix María Calleja; el venerable Oronoz, sastre de muchas polendas y que por mucho tiempo disfrutó de las confianzas del corregidor, de Bergosa y de alguno de los Manero, es ahora el que confecciona los lujosos atavíos que porta Morelos. Esto se está volviendo ridículo y más parecemos jocosita comparsa, que mísera disfrazada todas sus carencias.

Pero eso no era todo, Su Excelencia no pretendía quedar en el olvido. Tras largo encargo su imagen la plasmaba la pintura, que manos prodigiosas engalanaban la persona del hurraño personaje que ahora era portador de espléndido atavío. Venancio y Vasconcelos, los pintores de la época, se dieron cita y émulos de Cabrera y De la Concha aplicaron magistrales los pinceles, que crueles no pudieron mejorar el rostro de Morelos.

Los meses transcurrían lentamente, los realistas acechaban la provincia. Ante la serie de noticias que procedían de Antequera “Todo es un caos”, afirmó el licenciado José María de León, rector del Colegio de Abogados, que aun siendo criollo no comulgaba con las acciones que el caudillo había impuesto con su estilo severo y vengativo. “Vaya broma de mal gusto, no le halagan nuestras peculiaridades, pero solemnemente disfruta de todas las bondades que se cruzan a su paso; goza de opípara mesa y degusta de los mejores vinos, y se dice que en su lecho reposa la solterona hija del intendente Ortiz, que cual vulgar meretriz no respeta los consejos

de su madre. Ése no es un cura cualquiera, pero sí un galán de primera”, fue el comentario que, por procaz, se gozaba a diario en los monasterios y en la sobriedad de los santiguados templos.

Morelos tarde se da cuenta y malhumorado se mira en el espejo. Ese no es el hombre que conoce y, prodigándose mil reproches, se despoja de la montera y de la regia casaca que tan vulgarmente lo disfrazaba. Se pregunta cómo pudo caer en ese juego, que lo hace tan vulgar y deshonesto. Sale del aposento donde, faltando a su palabra, dejó de ser sacerdote y se convirtió en el más cruel de los humanos. En el pórtico clama por sus amigos, los leales Galeana y Matamoros; a Guerrero y a Guadalupe Victoria sus pedestales de hierro, les solicita su comprensión y cordura.

Han transcurrido los meses que con creces le ha remunerado la estoica provincia. El plan meticuloso del caudillo se había llevado a cabo con estricto esmero; la expulsión de españoles y europeos había traído como consecuencia que, a ciencia y paciencia, desapareciera el antes pujante comercio; la agricultura no encontraba la energía para salir del embarazo en que por la ausencia de sus antiguos poseedores se encontraba, y hasta la añeja cultura se había detenido al sentirse ultrajada ante tales desaciertos. Todo había acontecido, sin explicación alguna, formando profunda laguna entre el indignado pueblo y el nuevo gobierno.

Todo le pareció un funesto sueño, no entendía haberse equivocado. Qué difícil resultaba ser sacerdote y vengativo soldado.

Como páginas del tiempo vinieron a su mente su triunfal arribo, su estancia en la casa de Simón Villegas, los nombramientos de aquellos individuos que por su brillo resultaba prudente tener de su lado, quizá su esperado hijo. Todos estos hechos integraron el caudal de precarios tiempos.



**E**n el amplio salón de reuniones de la casa de Simón Villegas, donde se había instalado, dispuso su despacho, donde avisado el indio de Nuyoo entraba y salía a su antojo.

Días antes se había integrado larga lista de los concejales y diversas autoridades que, quisieran o no, conformarían el Ayuntamiento y esa misma noche, sin excusa alguna, les tomó juramento. Así, cortésmente se tocaron las puertas que, siniestras, albergan a sus coléricos dueños. Terán fue el encomendado, ya que como férreo soldado sabía persuadir a la gente; así, fue casa por casa, con esa extraña misión, que por sabido argumento, estos personajes no eran de su causa.

A grandes zancadas descendió por las escaleras y, ya en la acera, saludó al capellán del templo de la Compañía, quien le agradeció tal cortesía. Esa tarde se visitaron diversas mansiones que, en muchas ocasiones, por sobrados motivos permanecieron cerradas. Cruzaron el portal de Clavería, ascendieron por la pequeña calle del Sagrario y en la empedrada calle del Correo se detuvieron ante la sobria mansión del malogrado Felipe Iguanzo. Cuántas cosas pasaron por la mente de aquellos victoriosos soldados que habían venido de lugares distantes, al sentir el desprecio de los soberbios varones que ahora serían nombrados autoridades por el Generalísimo Morelos. No caminaron mucho, en la calle del Rey Fernando encontraron la sobria casona que guardaba impaciente a la candorosa persona que con el cargo de alférez real había sido designada.

Don José Mariano Magro parecía esperarlos y, al pie de la excelente escalera, con afectuoso saludo los hizo pasar a la casa, donde por voz de Terán le fue leído el edicto solemne que en buena hora lo haría pasar a la historia. Así prosiguieron tocando puertas, ubicadas en calles desiertas, de tan agraciadas personas; no todas eran tan regias y en varias ocasiones se tuvo que recurrir al cura de cercana parroquia, quien con voz propia señalaba la casa, lo mismo la de don José Murguía y Galardi, que la lujosa de don Mariano Castillejos. Uno a uno fueron recibiendo el feliz encargo que hacía rato estaban aguardando, lo mismo fue el rico comerciante que el prestigiado litigante, como fue el caso de los licenciados don Manuel Mimiaga y don Joaquín Villasanta, o la del pacífico quincallero don Nicolás Fernández. Al final de ese día todos recibieron el encargo que bajo velada amenaza les envió Morelos.

Con sus mejores galas esa noche concurrieron. Ahora no caminan tan aprisa y no los acompaña la tierna sonrisa de sus gentiles hijas ni la señorial presencia de la joven esposa; en esta ocasión no asisten a un alegre sarao ni a festejar el cumpleaños de don Simón Villegas en que don Mariano era el invitado más divertido. Ahora no gozarían de la fría mirada de los Manero y de los Villaraza, ni la de aquella rancia aristocracia que por sus ideas tan mal los veía. Así fueron llegando por calles diferentes, pero todos diligentes concurrieron a la cita.

Morelos los espera y su compañía la engalanan los prestigiados varones que, por sobrados motivos, se unieron a su causa. Nicolás Bravo está a su diestra y Hermenegildo Galeana abre la ventana para calmar a la tropa que ante la presencia de tan célebres personas se irrita. Matamoros los aguarda en la puerta, al fin todos suben y en aquel lujoso salón se hacen presentes. Esa noche les fue tomado el juramento, por Dios y por el rey don Fernando, no sin antes

pronunciar elocuente discurso. Morelos, como buen cura, era un orador de primera; con voz calmada les habla, no les comenta de sus virtudes ni a ellos les reclama las soberbias actitudes que sobre sus hermanos, por diversas ocasiones, penurias les causan; esos son añejos recuerdos que deben pasar a la historia.

—Comencemos de nuevo —les dice—, sin caminar muy aprisa, a sembrar la hortaliza que debe curar las heridas, para perdonar a tantos soberbios fulanos. Olvidemos rencores y forjemos una nación sin distingos, donde no se pierda la fe ni sea mal visto el hombre por cuestiones de religión o de raza. Abramos las puertas a esta noble causa y rompamos por siempre la cadena que por siglos nos ha unido a los tiranos hispanos. No les hablo de la España de Cervantes, ni de la de aquellos caballeros andantes que, como el Quijote, han movido montañas; les hablo de la del vil encomendero, del corregidor fullero, que al indio a roído sus entrañas. Busquemos entre todos el camino para cambiar el destino, que como regío legado nos dejaron nuestros padres en nuestras mentes; deberán estar presentes el sabio Cocijoeza, el poeta Nezahualcóyotl o el santo Lucero; unamos con urgencia la fe, seguida de la soberana prudencia para construir una gran nación llena de esperanza.

Todos guardaron silencio, y esa noche también todos coincidieron en que la cuesta por andar estaba todavía muy lejana.

Morelos había sorteado diversos caminos en su azarosa trayectoria de la guerra, unos con sonadísimas victorias y otros con la derrota que no había menguado su entereza ni la de su deslucida tropa. Pese a los varios fracasos no daba muestras de flaqueza; al contrario, por muy humilde que fuera ya sabía de grandezas. Ese día el Generalísimo, al fin concilió el sueño, ya podría dormir al sentirse dueño de esa región que tan tenazmente se le oponía.

La totalidad de hispanos se había rendido y Bergosa, su guía espiritual, que en temprana hora había huido; sólo quedaba uno, aquel tenaz individuo que, férreo a sus convicciones, en algún lugar permanecía escondido.

—Sí, señores —Contra su costumbre le protesta a Terán y a don Guadalupe Victoria—. Ha pasado una semana y pareciera que a este personaje se lo ha tragado la tierra.

—Disculpe, José María —le dice Terán—, pero el canónigo doctor José de San Martín hace días que, prisionero, le hace compañía al célebre pintor Santaella.

Todos callaron, ya que sabían que, por alguna omisión, no le habían dado razón de tan importante acontecimiento.

Las sonoras campanas de catedral muy temprano llamaron a misa, y las beatas de prisa cruzaron lo mismo el portal del Señor de la Columna que el de las Casas Reales o el diminuto de Clavería. Ahora no concurrían las regias señoras, ya que no era cómoda hora para dejar el mullido jergón o el lujoso lecho de flores. La presencia de Morelos ya no las incomodaba, pues a buena hora se enteraron quiénes conformaron el Primer Ayuntamiento.

En el pensamiento de todos los insurgentes concurría un mundo de atrocidades cometidas en nombre de Dios y de aquel soberano cautivo, que tan lejano gobernaba con mano de hierro la Nueva España.

Una mañana fresca se tendió sobre la nueva Antequera, donde el pueblo de alguna manera concurría a los diferentes festejos que en apariencia rompían con las largas cadenas que los habían unido a la vieja España. Los arcos de los cuatro portales lucían hermosos, con más cientos festones de los que en el medio colgaban suficientes ramos de flores. Se instaló un tablado cuyo dosel<sup>1</sup> lucía la efigie del rey don Fernando, en tanto que en catedral se celebró solemnísima

<sup>1</sup> Mueble de adorno que resguarda el sitial o el altar. Antepuerta.

misa, en donde postrados se encontraban los más ilustres insurgentes. El prieto Galeana, al lado de Morelos, donde los más de ellos lucían sus descoloridos uniformes; Basilio Zambrano, junto a Félix Fernández, no podían ocultar su alegría ante la pena que les causaban aquellos vencidos hispanos que ahora concurrían, no de buen grado, a tan lucida ceremonia, que ante la presencia de esos villanos les parecía ramplona. En primera fila se encontraba la negra Nicolasa, luciendo garbosa la regia mantilla de Santa Ana, a quien por cierto le había sido robada; en fin, tantas cosas, pero todas curiosas, que sucedieron por aquel par de meses.

En la lujosa mansión de don Mariano Magro, todo con motivo de su ilustre nombramiento era un verdadero ajetre, donde los criados corrían a prisa, unos preparando la larguísima mesa, otros en la cocina se apresuraban a limpiar la lujosa vajilla, en la que esa mañana le sería servido el almuerzo a don José María. Así se celebró el comienzo del corto periodo en que esa hosca gente gobernó Oaxaca. El estruendo provocado por un pequeño cohete fue la señal de que tan larga comitiva se acercaba. A la mesa concurren los más coloridos platillos, acompañados del pan de cazuela, la prieta cemita y la tierna gallina que manos diestras de diligente señora hicieron en la cocina el más exquisito platillo, y que junto al altillo de blancas tortillas al poco rato fue consumido por la tropa que de mala manera el bocado se llevó a la boca, lo que suscitó que la vieja ama de llaves se enojara, ante la burlona carcajada de aquella caterva que, por sobrados motivos, no sabía de buenos modales.

El regio portón había abierto sus hojas. Morelos y el licenciado Castañeda fueron los primeros en entrar, siendo recibidos por don Mariano, que ya les había precedido y quien, comedido, les presentó a su familia, que no concebía la presencia de aquellas personas que esa mañana allanaban su casa. Después del discurso que el Generalísimo pronunció, dio las gracias

a la festiva comparsa que todavía no entendía por qué de alférez fue intitulado el día anterior el señor de la casa. Ahí, ante la larga mesa, se encontraba esa fingida gente, compartiendo con el altivo insurgente, y ahora no entendía la actitud de Morelos, ya que al dar el poder a los criollos de la nueva Antequera ponía en entredicho la verdad de su lucha. Éste los veía de reojo y se encontró con la dura mirada de Matamoros y la sonrisa acusadora de Guadalupe Victoria; así transcurrió el inusitado sarao, donde no todos estaban de acuerdo, ya que el Generalísimo, con su necia actitud, había cambiado las reglas del juego. Todos salieron a la calle entre vivas y aplausos y así concurrieron a festejar tan nobilísimo acto, donde el espectáculo fue precedido por el noble pendón, que previo había sido desprendido del férreo balcón de la regia mansión de los Magro. En la plaza principal fue colocado, frente a la efigie del rey don Fernando; momentos después llegaron los distinguidos padrinos, que ya ostentaban los célebres nombramientos de mariscales de campo, don Mariano Matamoros y Hermenegildo Galeana, quienes la noche anterior habían cuestionado a José María. Entre la soldadesca tampoco había buen concierto, pues si bien era cierto que habían vencido, todavía eran objeto de no pocos agravios; muchos de ellos estaban presos, ya que, al decir de sus mandos, no habían querido regresar varios de los objetos al señalado estanco. La fiesta continuó de igual manera y todos los asistentes se manifestaron en las cuatro esquinas, donde el indio agradecido perdió la cordura y loco aplaudió por largo rato. Por su parte, la tropa enardecida, que jocosa disfrutaba, respondió al júbilo general con frecuentes descargas de salvas de la vieja artillería, ante la enorme gritería de la espantada chiquillada que al acto concurría. Al mismo tiempo, de todos los templos se dejaron escuchar las campanas que ahora, como era costumbre, no llamaban a misa ni al consabido rosario, en el que a diario coincidían el viejo

corregidor o la señorita acompañada de la vieja rezongona; ahora con el ininterrumpido sonido se celebraba el cambio de autoridades en la señorial Antequera. Morelos salió al larguísimo balcón de la casa que habitaba, y al lado, el mentor de su causa, don Basilio Zambrano, que malencarado no llevaba buena amistad con los Bravo.

Así transcurrió el día en que la enardecida multitud quiso matar gachupines, a los que ahora ya no utilizaban lebreles para atacar a los indígenas cuyo delito había sido pretender ser propietarios, a través de los tiempos, de esta inmensa provincia.

Las monedas de fina plata se prodigaron a raudales, y desde el soberano balcón Morelos las lanzaba a la horda que por largas horas esperó en la plaza.

Pasó la tarde entre inmensa cohetería, donde la concurrencia, llena de alegría, recorrió las calles y cruzó portales en compañía del clero y de muchos seglares. Marcharon una columna de granaderos y otra no tan garbosa de dragones, donde las monturas lucían huellas de pasadas luchas que, por haber sido tantas, ya no eran tan galanas.

Morelos, como era costumbre, el desfile encabezó, tomado del brazo de aquel incierto varón que no portaba fusil ni espada de mando, pero que siempre estaba al tanto de lo que al General le convenía, Antonio Basilio Zambrano; éste era el leal seguidor de Morelos, persona de no tan buenas ideas y que por muchas de ellas tuvo roce con los Bravo y por otras tantas con Guerrero y Félix Fernández.

El día culminó lleno de manifestaciones de júbilo y de numerosas agresiones que se hicieron por parte de la tropa, que loca convocaba a efectuar desmanes y ofendía con léperos ademanes a los vecinos que, ante enorme gritería, se guardaron en sus casas, como fue el caso de don Antonio Mantecón, cuya propiedad se encontraba contra esquina del portal de las Casas Reales. Esa mañana no las tenía todas

consigo, pues si bien es cierto que él no había huido fue porque había conseguido del canónigo Moreno, que en Valladolid había sido maestro de Morelos, garantías de que no sería molestado, el grueso portón mostraba los innumerables hachazos que el vil populacho había efectuado en su contra.

Doña Josefa, antes tan hermosa, lucía pesarosa las huellas de las malas noches que había pasado en vela. La gritería que se escuchaba fuera provocó que las jovencitas y la pequeña niña irrumpieran en incontenible llanto.

Don Antonio alertó a sus hermanos:

—Juan, Ramón —les gritó, y éstos, asustados por su actitud, reclamaron.

José, el viejo capataz de la hacienda se encontraba entre ellos, y como hombre de recias maneras les pidió que guardaran la calma.

—No se alarme, patrón —le dijo, y dirigiéndose al enorme portón con mano enérgica abrió las puertas.

—¡Qué pasa! —Con voz que denotaba energía les habló— ¿Son bandoleros o salteadores de caminos? —Pues su actitud contradecía la paz promulgada por el cura Morelos—. ¡Aquí sólo hay mujeres y niños, ya que el tesoro que tan ansiosos buscan lo ha confiscado el gobierno.

Unos segundos transcurrieron en siniestro silencio.

—Tal vez sea verdad o mentira —dijo un sargento, que por corpulento sobresalía en ese conflictivo momento—. Voy a creerte anciano, pero si me mentiste, en un solo segundo te haré pagar todas tus culpas.

Guadalupe Victoria lo había observado todo, y debajo de uno de los arcos del portal de Mercaderes llamó a aquel hombre que por fortuna entendió razones.

—Ven acá Sargento —le dijo—. Me di cuenta de la desventura que por tu prudencia al final evitaste. Recuerda y comunícalo a tu gente: el Generalísimo ya no quiere más desmanes que agraven nuestra presencia, por lo tanto debe-

mos actuar con buen juicio y no andar con acciones que ya no son prudentes.

Como este suceso varios acontecieron y de todos ellos se dio una relación al cura Morelos.





**P**asaron varias semanas, todas llenas de incidentes, todos faltos de cordura, que a la larga causaron profundo desencanto y que de mala manera fueron violentos. Grandes almacenes resultaron saqueados y las demás tiendas de humildes quincalleros, al considerar su poco valor, ardieron presas de las llamas; así se perdieron jabón en panes, hilo muñeca y salón<sup>1</sup> corto, papel florete, pita flor y torcida tinta flor, tabaco fino y tabaco zacate, cera zamanca y soconusco, y tantos otros objetos a los que por esta desgracia no se les pudo dar buen uso.

Esa alborada todo era temor en la ciudad, y por supuesto en la casa del señor Felipe Iguanzo, situada en la calle del Correo. Con inusitado ajeteo su afligida esposa, alma piadosa, abrigaba presurosa a sus pequeños niños, que a hora muy temprana habían saltado de la cama. La familia había dispuesto entregar al insurgente parte de su esfuerzo, que por largo espacio en Antequera habían acumulado. José era el clásico español que llegó sin nada, pero que no perdona- ba que su inmensa riqueza se despilfarrase; era parco en el comer y sobrio en el vestir; pocos recordaban cómo había lle- gado, pero todos coincidieron en que nunca perdió el tiem- po. Montado en briosa yegua recorrió, en compañía de gran recua, lo mismo la gélida Mixteca que la lejana costa o el distante camino que lo condujo al lejano paraje, donde el in- tenso calor hace perder el coraje. Ese era el sujeto del que en

<sup>1</sup> Es un encaje de vestido.

mala hora le comentaran a Morelos. Un pequeño pelotón al mando de Terán fue suficiente, no hubo necesidad de llamar al portillo, éste permanecía entreabierto pese a ser hora tan temprana. Por orden de su dueño, don José los esperaba y presto los condujo al salón, donde inmenso arcón rebosaba las incontables monedas de plata.

—Es suya —le dijo—, y espero que sea bien empleado en lo que llaman su causa.

Terán se molestó y por respuesta le dijo que eso no era todo, y en un momento saquearon la estancia. La familia no perdió la calma y la ama, llena de paz, se desprendió de su anillo de bodas y a las niñas les quitó los diminutos arillos que lucían sus blancos oídos. Todo lo entregaron a un anciano soldado al que, ante tan inesperado gesto, le brotaron las lágrimas.

La caterva con saña cargó las carretas de gran cantidad de monedas y valiosos objetos y al viejo lebré, que les mostró los amenazantes dientes, un par de culatazos lo dejaron tendido. El pesado botín fue llevado a presencia de Morelos, quien ante tal tesoro no podía dar crédito de lo que observan sus azorados ojos. Morelos, el leal insurgente, ahora estaba ante esta persona que no tenía un título de caballero, pero que desde que salió de su patria se impuso por labor acumular cuantiosa fortuna. Iguanzo sabía que en ese momento estaba en sus manos; sin embargo, no imaginó ser víctima de tal atraco; él había ahorrado y con su familia miserias había pasado para que, en un momento, el cumulo de sufrimientos se viniera por los suelos. Morelos lo entendía y condescendiente preguntó:

—¿Cuánto de este tesoro le es necesario?

A lo que el señor Iguanzo, lleno de entereza, contestó:

—Tan sólo un real es suficiente.

Y así salió aquel hombre del que cuenta la leyenda que con una sola moneda volvió a acumular otra inmensa fortuna.

Pasaron los días, que luego se hicieron semanas en las que la insurgencia rescató de los españoles la tranquilidad para sus hermanos de raza. Ahora ya no habría trabajos forzados, ni pasos presurosos para atender el servicio del cura; ahora sólo las beatas y las viejas mojígatas se harían compañía de la obscura hipocresía de los más estirados ciudadanos de la señorial Antequera.





Todo parece envuelto en una siniestra calma. Los pocos comercios que no fueron saqueados abren sus puertas. El alimento es escaso ante el embarazo de una ciudad que luce desierta; ya no pasa el panadero a tocar de puerta en puerta, mucho menos el vendedor de dulces, pues los niños que tenían dinero con sus padres partieron a lejano destierro. La miseria ha asentado sus reales en la antes próspera Antequera; ya no cruza el carruaje de don Tomás o el de la bondadosa doña Amelia, aquella que piadosa repartía incontables monedas a los niños y pobres como diaria tarea. La población comienza a inconformarse ante la serie de ultrajes cometidos por esta gente que no viste de traje y que bien porta toga o desgarrada levita, con las que disfrazado imita al ausente patrón, que por muy buena razón se ausentó de Oaxaca. El cura lo sabe, pero no le importa ni le provoca que hacia su persona se hagan cien conjeturas. Se habla de las relaciones que lleva con una joven criolla que vive allá por la noria, y que por las noches visita y que la casa en que habita ha sido obsequiada pródigamente con objetos de usos muy diversos, donde las malas lenguas dicen que el pan no falta y que la bella moza con el Generalísimo come en vajilla de plata. “¡Vaya usted a saber!”, comentan las viejas que, al pasar por la casa, enseguida ofendidas se alejan. Así transcurre el tiempo y, antes de la partida de Morelos, a la fácil mujer un niño le queda como desdichado presente de la estancia del Generalísimo en la verde Antequera.

La presencia de Morelos en la tesorería lo llenó de júbilo, ya que nunca consideró que en la señorial Oaxaca hubiera tanta riqueza; así recorrió aquellos enormes salones, donde a cada momento tan inmensa fortuna era admirada por los soldados que celosamente hacían guardia. Ese día se había hecho un recuento que, en elaborado documento, se dio relación a Morelos.

—Estos gachupines sí que saben amasar fortunas —Fue la observación que, ante la sorpresa de todos, en voz alta hizo el licenciado Castañeda.

—Vaya usted a saber cómo lo obtuvieron —agregó don Benito Rocha, comandante militar de tan aguerrida tropa.

—Mire esta vajilla —añadió Galeana a la larga mención de tan diversos comentarios.

—Vean estas copas de finísimo cristal, cuyo ornamento es la efigie del rey don Fernando. ¿Qué haremos con estas preseas? —Terció Rayón, que en una esquina del oscuro rincón observaba todo.

—Es buena la pregunta —contestó Morelos—. Por lo pronto hay que sacarle provecho y disponer para nuestro servicio de tan preciados objetos.

Pero no sólo el inmenso tesoro confundió a aquel hombre de piel morena. Carabinas, retacos, pólvora, sables, pistolas, todo en cuantioso número se encontraba apilado, pareciendo ver pequeño el enorme patio. Pasó al establo, donde el blanco corcel de Bernardino Bonobia, tras prolongado relincho, pareció echar de menos a su desafortunado amo.

—Son más de tres millones de botín —calculó Zambrano.

—Quizá un poco menos —comentó Matamoros.

—Qué importa tal cantidad —opinó Guadalupe Victoria—. Lo interesante es que a bajo costo tomamos la plaza.

Transcurría el tiempo en que bajo juramento se desempeñaban las nuevas autoridades, y frecuentes veces hubo enfrentamientos con Terán, ya que su conducta era insufrible

y el poco tino de éste molestaba a las dueñas de las moradas de las escasas tertulias a que asistía. Morelos lo sabía, pero cauteloso prefería no dar su opinión en cosas tan triviales, lo que con el correr de los meses le acarreó muchos pesares. “¿De qué sirvió el cambio?”, era el comentario que se hacía en la lujosa casa o en la humilde morada del carpintero, que salió a la calle a aplaudir la soñada causa. “Son léperos, y las más de las veces te atracan”, comentaban insistentemente en la plaza lo mismo el zapatero, el sastre o el diestro alfarero. Los barrios se mostraban inconformes, lo mismo el de arrabal que el de los alzados, los del Árbol Grande, los industriales de China o el de los lacandones. Habían pasado dos meses y al viejo corregidor lo echaban de menos. Morelos estaba enterado de todo y, como si presintiera su ruina, a la señorial Valladolid en secreto se la confía a sus deudos.





La noche luce fresca, es noviembre y en la villa se celebran las fiestas de Todos los Santos y los recordados decesos; pero no hay suficientes reales para festejar esas añejas costumbres y los viejos cementerios de San Miguel y el pequeño de Xochimilco lucen desiertos, no hay venta de flores en sus entradas, ni la blanca cera que en diminutas luces ilumine el camino de los inolvidables seres queridos. El nuevo gobierno, entre otras cosas, ha prohibido que se celebre como en otros tiempos la festividad de los muertos.

—¿A qué le temen? —comenta una vieja—. Tal vez sea delito llevarle flores a Aristi y Muñoz Cano.

“¿La mayoría eran mexicanos?”, es la pregunta que se hacen a diario en la esquina del portal de la Alhóndiga los humildes comerciantes que, en pequeños fardos, petates y otros objetos de palma traen su mercancía de la fría Mixteca, pregunta que no encuentra respuesta del compañero de duras faenas, lo mismo la anciana que vende miel de abeja que el vendedor de mecates que de un palo alto lucen colgados. Pero no sólo eso los abate: el mercado está desierto, no hay queso, mucho menos mantequilla, ya que las grandes haciendas y los pequeños ranchos fueron despoblados; ya no existe Viguera y los altos muros de la del Rosario lucen las huellas de tanto descalabro; hay pocas verduras, pues las que se producían en la cercana Noria, a sus pocos vecinos los incorporó la leva de improviso; todos guardan silencio ante la presencia del conocido catrín que ahora, por arte de magia, se ha vuelto alguacil.

Esa tarde se reunieron José María y todos aquellos que un lejano día coincidieron en que la hora de separarse del yugo de España había llegado. Ciertamente, había mucho de qué preocuparse; en Oaxaca las cosas no habían salido como en un principio se planeó: la publicación del periódico al que denominaron *El Correo del Sur* fue un completo fracaso; Bustamante no había logrado darle la imagen que todos hubieran apetecido, y no pasó de ser más que una simple llamada que al poco tiempo se perdió en el olvido. Así como este suceso, muchos otros se manifestaban todos los días; la ciudad era una hoguera, ya que no todos estaban de acuerdo. Y aunque Mimiaga y don Joaquín Villasanta trataban de hacer un buen gobierno, siempre tropezaron con la necia actitud de Zambrano y de don Benito Rocha, pues había viejos resabios entre ellos y casi siempre discutían por diferentes trabajos. Morelos se sentía impotente y, ante tal situación, decidió marchar de Antequera.

Era un frío diciembre, vientos huracanados compañeros de un mal presagio marcaron el fin de aquel conflictivo año. Don Guadalupe Victoria, que había hecho su arribo la noche anterior, penetró a la lujosa estancia y en total desenfado se arrellanó en un cómodo sillón; acto seguido, preguntó a Sesma por la salud de Morelos, a lo que uno de los Bravo, señalando un cuarto contiguo, le comentó:

—No hay que molestarlo, ya que ahora su egregia figura se encuentra pintando el criollo Venancio.

Parecía que la mar estuviera embravecida, las noticias no eran buenas, y en las diversas provincias el grito de guerra que Morelos lanzara no había inflamado las conciencias como era necesario. Los realistas se reagruparon, y pérfidos se aprestaban para una nueva contienda. Estos son los sucesos que por diversos correos confundían a los ciudadanos de la verde Antequera. ¿Qué reflexión de todo este desaguisado hace Morelos?, era la pregunta que todo mundo se hacía y

que por supuesto a todos inquieta. Nada sucedía ni se comentaba en la vieja casona, donde la persona del Generalísimo era la que guiaba con éxito y contados desaciertos la penosa lucha; pareciera que nada inquietaba la conciencia de este varón que, sin ninguna razón, dejaba que llegaran los fríos.

—¿Sabía usted —le comentó Matamoros— que a nuestras ideas el gobierno de Calleja les ha puesto ingrato valor?

—No sé cuánto puedan valer estas testas que, por nuestras justas creencias, ahora, como dice, les han puesto algún costo; espero que éste sea alto, pues ya ve, don Mariano, que todo este espectáculo que les montamos en la verde Antequera no les ha salido barato.

Así, esa tarde se fue reuniendo toda esa pléyade de valerosos que, a escasos dos meses, un día glorioso, se habían acuartelado en Oaxaca. Fueron varios los temas que esa tarde trataron, como los nombramientos de aquel grupo de criollos en que, en un acto de buena fe, Morelos confiaba. Cuántas cosas pasaron por sus mentes: el sitio de Huajuapán o la campaña de la gélida Mixteca, donde la estructural fortaleza del templo de Yanhuitlán lució toda su grandeza. Cuántos suspiros se prodigaron, y por supuesto no faltaron los sombríos recuerdos de los hermanos fallecidos.





Los preparativos para abandonar Antequera pronto fueron noticia que corrió de boca en boca tan aprisa como el viento, tocó mil puertas y, cual epidemia, inquietó a familias enteras. Hubo festejos en las pequeñas parroquias, y no en pocas se dio gracias al santo patrón por la sorpresiva noticia.

Matamoros hizo el primer comentario y con tristeza evocó a Valerio Trujano.

—Cómo no recordar aquella mañana, cuando José María Regules Villasante los sitió en Huajuapán.

—Así es —dijo tras leve suspiro Galeana.

—Un domingo, por cierto, día de plaza, en que, sin quererlo, un poco más de mil indígenas se unieron a esa fiesta sin que fueran invitados —agregó Matamoros—. Se construyeron trincheras y múltiples madrigueras para contener la avalancha de enconados realistas que comandaba el coronel Caldelas. Ciento once días duró el asedio, pero en los primeros quince pensamos que estábamos perdidos; atacaron avasalladoramente, y sólo la suerte de contar en nuestras huestes, con la presencia de aquel indómito indígena, tan audaz, tan valiente, que como zorro las trincheras enemigas traspuso y sigiloso escuchó lo que Caldelas y Regules disponían, y con esas frescas noticias a Valerio puso al corriente, y luego el desencanto del enemigo que asombrado avanzaba para ser sorprendido.

“El clarín se escuchaba a la distancia, y con los nervios de punta nos disponíamos a defendernos de aquella tropa

que incontable avanzaba —continuó Matamoros—. Sonó un cañonazo, dos, diez, sólo Dios sabe cuántos; se estremeció el piso y como granizo de pequeñas piedras se cubrió el pavimento. Por tierra se vinieron cien muros y de las azoteas se desprendieron las tejas y a la población un polvo gris la cubrió entera; llanto de mujeres y niños y, por supuesto, maldiciones del curtido anciano que valeroso esperaba, con el machete en la mano. No pasó mucho tiempo, y como el mal llegaron esgrimiendo la filosa espada o la sanguinaria daga; se entabló feroz lucha, se combatió cuerpo a cuerpo; gritos, blasfemias fueron el trágico componente de la escena. De pie murió el fraile Ocaranza y, luchando también, un dominico que según cuenta la conseja, disparando terrorífico cañón fue abatido por certero disparo por el buen tino del indio de Nuyoo”.

La memoria de Matamoros recordaba que la situación cada día se hacía más difícil, la escasa pólvora se había consumido y los improvisados cañones sólo disparaban piedras de río; el descalabro recorrió caminos y veredas, inquietó a los pequeños poblados, donde el indígena soterrado aguardaba la ocasión para participar en la lucha, pues sabía que debía hacerla suya.

La novedad llegó a los oídos del presbítero Sánchez, quien presto partió para ayudar, uniéndose en el sendero el venerable cura don Miguel de Tapia, que tras incontable esfuerzo recorrió la distancia con la esperanza de llegar a tiempo. El primero partió al abrigo de la oscura noche, sin hacer derroche de armas y municiones, pues su pesada carga hubiera podido hacer más larga la tarea de llegar a prestar auxilio al hermano que se debatía en desigual combate con Regules y Caldelas.

Tlapa se perdía a la distancia, y por abrupto y empinado camino ascendían las tropas independientes; las dos columnas aun por diferentes caminos avanzaban aprisa, como requerían los tiempos; eran nueve pequeños cañones y los su-

ficientes soldados que con el corazón en la mano sabían que su presencia sería de gran ayuda a Valerio Trujano, que para ese entonces en Huajuapán permanecía asediado y confundido. Parecía que nadie impediría su arribo, marchaban por empedrados senderos, dotados del espíritu libertario que les había inculcado Morelos.

Todo parecía un cuento de aventuras donde la magia de la noche descubría en cien vericuetos lo mismo la zorra que se esconde, que la ardilla voladora que, con azorados ojos, veían trasponer las montañas a aquel cúmulo de siluetas, que discretas caminaban para no ser descubiertas. Todo fue en vano pues, por trágico que parezca, de su prolongada y azarosa proeza se enteró el realista Caldelas.

Los esperó en lo más intrincado de la cima y como hombre de honor los conminó. Sabía que dos venerables curas, por más santos que fueran, eran pequeños niños jugando a la guerra. No entendieron razones ni las muchas explicaciones que les envió Caldelas.

“Estos curas han perdido la cabeza”, comentó el diestro soldado, quien con la espada en la mano esperaba que cambiasen sus insensatas razones. Todo fue un mortal silencio; las balas silbaban como el viento, rasgando aquella tarde con gritos y lamentos. Tapia se escurrió entre los matorrales, pero para su mala fortuna ese día su santo patrón no escuchó sus plegarias ni quizá las cien peticiones que consideró necesarias. Chilapilla fue la tumba de aquellos aventureros que partieron en ayuda de Valerio. ¿Cuántos murieron y cuántos desangrados fueron hechos prisioneros? Sólo Dios lo supo. La noche fue su abrigo, la mayoría huyeron despavoridos ante la amenaza del negro que con filoso machete los persiguió. Para entonces el indio no concebía la saña con que, con mala entraña en su contra, se lanzó ese ser enfurecido.



**L**a mañana luce esplendorosa, los matorrales se mecen con el viento, cientos de cadáveres yacen enmarcados por esta silenciosa danza. Qué cosa tan extraña es un cielo tan azul sirviendo de mortaja a una muchedumbre que inocente se había enfrentado, siendo hermanos. Caldelas recorrió aquel campo ante la mirada del vencido, convencido de lo estéril de la fratricida lucha. Los cuerpos insepultos de Sánchez y del venerable Tapia fueron enviados a sus cercanas parroquias, conducidos por la pequeña escolta que valerosa luchó en un enfrentamiento tan desventajoso.

El suceso, como fuerte aguacero, amilanó conciencias. El hecho no era para menos, las esperanzas se veían trucas, pero no disminuidas y, en silente peregrinación, Valerio y su Estado Mayor acudieron al cercano templo; ahí estaba ese Cristo del que el indígena cuenta que, cuando las cosas salen mal a él hay que pasarle la encomienda. Quizá Trujano lo miró a los ojos y puesto de hinojos le suplicó no por la victoria, que lo llenaría de gloria, quizá le demandó por sus vidas o por sanar las incontables heridas de los que permanecían a su lado.

—Señor, tú que eres el más grande entre los grandes, ¿qué puede ofrecerte este mísero ejército en este día, que incierto pareciera clamar por tan inocentes vidas? Es tan poco lo que tenemos y te pido perdón por mi osadía, ¿pero acaso no merecemos un mejor trato en este desbarato en que nos tienen sujetos? Escucha, te ofrezco un novenario y te prometo venir a diario, no como militar, y poner en tu altar un cirio para iluminar el camino que me muestras pesaroso y confundido.

El Señor de los Corazones parecía escucharlo y quizá aceptó el trato que a Trujano, por sus razones, le pareció razonable. Esa noche Valerio salió lleno de templanza, con la esperanza de que aquel Cristo le hiciera el milagro.

—Hay que comunicarse con el Generalísimo —le solicitó a uno de sus más allegados, pero ¿cómo hacerlo? Hasta la más intrincada vereda era vigilada, imposible cruzarla sin despertar sospecha, pues los realistas con sus vigías acechaban hasta el más mínimo movimiento. Como siempre, uno fue el elegido, aquel indígena que cruzó montañas y todas las mañanas se despertó como sus ancestros a luchar por un caudaloso manantial de precarias cosas que le habían sido negadas; así partió aquel hombre al abrigo de la oscura noche, sin pago ni reproche, a cumplir el encargo para salvar de la derrota el amargo sitio de las tropas de Valerio. Cruzó cañadas y agresivos ríos, y un gélido amanecer, miserable y desfallecido, se presentó ante Morelos y éste lo tomó por los hombros y, ante tan épica hazaña el cura lo colmó de alabanzas. No se perdió un solo instante, de inmediato se levantó el campamento y con ochocientos valientes partió al encuentro de aquella batalla que gloriosa le abrió las puertas para acuartelarse en Oaxaca. Tehuacán se perdía a la distancia y, al caer la tarde, a su paso por los pequeños poblados de Tlapa y la blanca Chautla se le incorporan mil indios flecheros. Un silencio sepulcral invadía Huajuapán ese 13 de junio; el novenario a aquel Cristo milagroso había terminado y parecía que las súplicas de Trujano las hubiera olvidado; de improviso la alegría, el gozo, el indio de Nuyoo apareció y su presencia fortaleció la menguada apariencia del sitiado. “¡Morelos está en las goteras del pueblo!”, fue el mensaje del faraute que por sus hazañas pasará a la historia.

Las campanas al vuelo provocan que innumerables palomas se pierdan en el azul del cielo. El cansancio desaparece y la fe hace presa de aquella multitud de tan valerosas

personas. Ante tan inusitado acontecimiento, José María Regules y el general Caldelas se sienten confundidos. ¿Morelos en Huajuapán? No lo entienden y tarde comprenden que la victoria se les ha escurrido de las manos.

En el Cerro del Calvario riñen, discuten:

—¡Hay que romper el cerco y retirarse! —propone Regules Villasante.

Caldelas expone sus razones:

—¡Soy militar de carrera! —le increpa—. ¡No un simple bribón para huir protegido por incierta polvareda cuando más necesaria es nuestra presencia en esta lucha loca que parece que a nadie la razón asiste!

Regules no se acobardó, pero sabía de antemano la imprudencia de entrar en combate. Supo cuánta razón tenía cuando, horas más tarde, un capitán le comunicaba la muerte de Caldelas, quien murió trágicamente; no fue la metralla la que acabó con su vida militar y caballerosa, fue el golpe que un indio sabino dio, con filosa y reluciente lanza, lo que acabó con la penuria de incontables gentes; pereció a lanzadas, pero antes gritó repetidas veces vivas a su lejana España.

—Era un hombre valiente —comentaría más tarde Morelos—. Qué pena que defendiera tan mal vistos motivos.

José María Regules contemplaba aquel campo de sangrienta batalla y, ante tan macabro espectáculo, emprendió presurosa retirada. ¿Qué llevaba? Sólo el grueso capote que mísero cubría su afligida y corrompida alma, y una manchada espada de sangre de hombres de piel morena. ¿Qué pedían?, ¿qué gritaban? “¡Porque es tiempo, porque es hora de que se marchen!”.





**E**n Huajuapán la situación está llena de contrastes: fervorosas oraciones y gratitud eterna al Señor de los Corazones por la tropa que comanda Valerio. La sociedad, inquieta ante el desamparo en que ha quedado con el deceso de Caldelas y la retirada de Regules Villasante. ¿Qué pasará ahora? “Mientras existió el cerco, hubo esperanzas de rescatar la plaza, ahora todo está perdido”, es el estribillo que se escucha en las mejores casas, en tanto el pueblo entusiasmado recorre los escasos barrios dando rienda suelta a su alegría, ante aquel cúmulo de encontradas opiniones. Tres días duró la algarabía con que se celebró la festiva romería, bailes, discursos y los mil usos que el humano utiliza en su beneficio; al fin, la calma que tranquila hermana y disipa las dudas. Morelos no permanece en Huajuapán y necio no escucha las palabras de Valerio, quien le aconseja marchar hacia Oaxaca; obstinado se resiste y a los pocos días parte hacia la ciudad de cristalinos manantiales. Tehuacán lo espera y en ella madura sus planes; en las afueras del pueblo se despiden entre vivas y aplausos, y ambos coinciden en que es necesario propagar con más brío la idea de que la libertad es la materia que se debe inculcar cada día. Valerio, en sudoroso caballo, parte a la legendaria Tepeaca, aquella donde Cortés en la Conquista tuvo tan sangrienta estancia; doscientos valerosos lo acompañan, pero para su desgracia los más jóvenes, bisoños al entrar en la refriega, se sienten fracasados. Los realistas los acechan, los acosan, saben de la templanza de Valerio y eso tiene un alto precio. En el áspero camino lo

atosigan, lo arrinconan, y en el Rancho de la Virgen se eclipsa la estrella del valeroso insurgente; todavía esa noche brillaría como un lucero, cruzando las llamas sin ser herido y en el camino reparó en la ausencia del ser querido: su hijo no había corrido con tanta suerte y, al pretender buscarlo, tras ennegrecidos muros acribillado encontró la muerte.

—Como este suceso, cuántos acontecieron —comenta el señor Miguel Bravo—, unos trágicos y pocos venturosos, que por diversos senderos nos trajeron a la nueva Antequera.

Ya había obscurecido cuando tan célebres personas seguían comentando sin ningún alarde los triunfos y sus incontables luchas que en diversos puntos habían penado. Paris, Caldelas y Sánchez Pareja los habían acosado en la costa, atosigándolos en villas y en las pequeñas aldeas, donde en la boquilla los negros, por legendario motivo, eran parte de aquel enemigo que los acorralaba cual miserable fiera.

—Así es —arguye Galena, que se une al cuento—. Venimos a los realistas en diferentes batallas, pero pareciera que en cada una de ellas se multiplicaran sus fuerzas, para que con nuevos bríos fuéramos arremetidos en sangrientas contiendas o breves escaramuzas.

—Paris no descansaba —continúa Bravo— y en unión de don Nicolás Cosío nos persiguió hasta la espesa sabana, pero para nuestra fortuna su larga caravana los delató, ya que en el camino de San Marcos teníamos apostado a aquel viejo tío que de todos sus movimientos nos tenía al tanto. En el sitio de los Coyotes se efectuó el primer encuentro, éste fue un ligero combate en el que no se perdieron vidas ni se prodigaron heridas ajenas; la estrategia era conducir a esa tropa que loca pensó que nos tenía acorralados. Cuán equivocados estaban Paris y Cosío, tal vez pensaron que huíamos despavoridos, que nos tenían en sus manos. Nuestra tropa se dispersó y, como lo habíamos convenido, los condujimos al cercano paraje donde la templanza del indio lleno de co-

raje los esperaba escondida, fue un momento de profundo silencio en que hasta el pequeño trino de los pájaros se hizo cómplice del cruel desbarato que sangriento se avecinaba. Los sudorosos caballos, con ojos desorbitados, parecía que se unieran a ese encuentro donde sus agresivos jinetes, tal vez en pocos minutos, serían amigos de la muerte.





**E**ra un 4 de julio como a las dos de la tarde, un calor sofocante invadía el ambiente y provocaba aquel he-  
dor que en ese momento no importaba. Los rostros estaban enrojecidos pese al escalofrío, al sentir la presencia de aquella jauría desordenada que lanzaba mil injurias, pues esta vez no la intimidaba al corcel de Pedro de Alvarado ni la palabra melosa del legendario castellano, que ahora entrega cuerpo y alma por un cúmulo de mejores primaveras. Quizá el amanecer no le prodigue nuevos desatinos que como caudaloso río desciende las montañas; pero eso no lo ofende, han transcurrido suficientes años de escarnio e infortunio para aquella caterva de soñadores que ambicionaban una patria nueva.

—Con las bayonetas en alto sufrimos el primer asalto, varios fueron los que resistieron las diferentes cargas que por varias horas y en diferentes frentes nos acometían. La fatiga de los realistas fue notoria y en buena hora nuestra mejor arma, al fin de varios intentos. Por fin se retiraron y en el Cerro de las Cruces se detuvieron. Sabíamos que estaban vencidos —recuerda don Nicolás Bravo—; pero no tuvimos el suficiente coraje para perseguirlos y hubo que esperar por mejor ocasión para fincar un nuevo encuentro. Ahora fue una madrugada diáfana, tranquila y clara donde la socaliña<sup>1</sup> preparaba una nueva pugna; ésta se llevó a cabo, sin el menoscabo de los contendientes, los días 30 de abril y 1o. de mayo;

<sup>1</sup> Ardid, maña.

ahora no eran Paris ni Cosío los que estaban al mando, sino el coronel Fuentes que sonriente pensaba en hacernos pedazos. Ambos contendientes acudimos a la cita, ahí estábamos frente a frente, lamentando para nuestros adentros aquel enfrentamiento que por necesario prodigaría tantas muertes, gritos, insultos sin cuento; donde el hermano por cuestiones de bando, miserable no se tendería la mano. Fueron dos días de intensa lucha donde los realistas, pese a su hombría sacaron lo peor de aquella partida; ahí lucharon con singular denuedo costños, teuanos y el legendario mixteco; se luchó cuerpo a cuerpo, como pelean los hombres, donde los más recibieron descargas y cientos estocadas y miles de balas intermitentes cruzaban los cielos. Ese fue el sustento que como lamento se escuchó aquellos días; como en todos estos pesares hubo gloria y dolor de los vencidos, donde se reconoce al hombre que lucha valiente y con dignidad defiende lo que considera legítimo y justo. Ese día rendimos honores al soldado de España, al valeroso Caldelas que montando sudoroso caballo con sus huestes lentamente se abrió camino. Cuántos muertos fueron ese día, sólo la historia podrá manejarlo; cual confeti de diversos colores sus cuerpos mutilados cubrieron los campos de aquella sabana tan verde y tan llana.

Fue muy de madrugada cuando el Generalísimo se unió al cuento que tras largo espacio esos valientes en larga noche habían comentado y en el que recordaron el origen y con profundo respeto se mencionó al cura Hidalgo, al valeroso Valerio, las lejanas palabras de aquella soñadora, la sin igual Corregidora. Cuánto tiempo había transcurrido, se preguntaron, desde que se tocó el carillón<sup>2</sup> en el austero campanario de la lejana Dolores. Todas sus aventuras y continuas asechanzas vinieron a su encuentro, pero en todas coincidieron en que la libertad era la estrella que iluminaba sus

<sup>2</sup> Grupo de campanas en una misma torre.

ideas. Muchos habían partido, pero con su trágico deceso habían parido al hijo que crece y nunca enmudece en busca de sus visiones libertarias.

—Señores —les dijo Morelos, poniéndose de pie—, estamos ante una escalada de reproches y constantes desatinos. Sé de mis muchos errores que quizá les han provocado incontables sin sabores; pero también sé que si éstos se cometieron fue al abrigo de los hechos que en el momento se vivieron —Les recordó como cuestionado acontecimiento el nombramiento de los criollos; no les pidió disculpas, ya que al final comprendieron que la lucha no era de parcialidades, ni por cuestiones banales, que en Antequera había dignos varones de añejas tradiciones que como ellos compartían sus ideales. Tras breve espacio mencionó varios nombres, lo mismo el de don José María Murguía y Galardi que el del licenciado Mimiaga o el don Joaquín Villasanta—. Todos han cumplido con el fiel encargo que una cercana tarde les fue conferido. Grave considero que nuestra estancia en Antequera debe darse por concluida. Con creces se ha cobrado la tarea que la situación puso en nuestras manos. Antequera en su mayoría ha sido vencida, no sólo por la fuerza de las armas; las miles almas que la componen saben de la lucha y esto les provoca la esperanza de mejores tiempos. Salgamos al encuentro del verdugo, sacudamos de una vez por todas al yugo que nos impone España; salgamos al abrigo del amigo que en la angosta vereda o al lado del azaroso camino espera con fe por una vida nueva.

Así se hizo esa noche el recuento de todo lo que se había logrado, se habló de la administración pública, del pequeño cañón de la santa patrona y hasta de la fontana que por el Llano de Guadalupe se había mandado construir y que sólo fue el hazmerreír de propios y extraños; se comentó de la grana, la que sujetó al diezmo, pues la consideró como fruto de la agricultura. Todo parecía que se había tratado y tal vez saldado, hasta las pequeñas cuentas.

—Sé que no en todo hemos tenido buena ventura —dijo Morelos—, no porque los que intervinieron no sean de buena crianza o no hayan puesto sus buenas intenciones en ello.

Así continuó día y noche, haciendo derroche de intensos esfuerzos y denodados anhelos para salir adelante, con la encomienda de salir victoriosos de la noble Antequera. Se giraron instrucciones, tanto a civiles como a militares, en un enconado gesto por dominar la costa, los Valles Centrales y la indómita Mixteca.

Esa tarde partió Guerrero, precavido, intentando no ser visto. No eran muchos lo que lo acompañaban, ya que ahora no intentaba entrar en campaña, su misión era diferente: semillas y diversos granos que como alimentos sanos urgían en la ciudad de los higos. Ascendió por Juquila y tras azaroso camino pernoctó en Tonameca, cuantos días fueron la mar de penas sufrieron. Rionda y Añorve se enteraron de su presencia y del motivo de su encomienda y en la intrincada montaña empezaron a buscarlo y acecharlo. Guerrero no era un individuo cualquiera, sino quizá el mejor y el más leal a la causa de Morelos; no le importaba la inclemencia del tiempo ni le mortificaba con la alborada proseguir el camino. Fatigado llegó con aquellos jinetes, sus leales amigos, y de su encargo hizo su abrigo en Santa Cruz; lo esperaban, requirió cuanto pudo y en Puerto Escondido, cual fiera que presume que saben su arribo, se escondió. Añorve confundido se preguntó, y a la vez saludó con honores al sujeto que siendo tan joven dispuso con buen acierto de cientos de escondrijos que ofrecían las intrincadas montañas. Hubo día en que Rionda pareció tenerlo en sus manos, lo persiguió hasta el río y, como por encanto, tras inmensos manglares se le perdió.

—¿Quién es esta persona —se preguntaba— que dispone de las continuas cañadas como si fueran las palmas de sus manos?

Guerrero sabía quiénes lo perseguían y como un felino que se siente acorralado se escurrió tras penosas y largas jornadas, y en obscura noche vio coronada su hazaña, que con tanta maña burló a Rionda y Añorve.

Fue en verdad algo glorioso, ya que conducir por sí solo tanpreciado encargo pudo ser algo desastroso. En Miahuatlán hizo su arribo, donde fue recibido por Sesma y tras prolongada sonrisa dio fin a aquella aventura que milagrosa y obscura no pudieron descifrarla los coroneles Rionda y Añorve. Tras larga polvareda prosiguió su ruta sin menoscabo alguno, y a los pocos días cruzó la mojonera que demarca los linderos de Ocotlán y la verde Antequera; en la prolongada cuesta se dio un respiro, se descargó la mulada, dando descanso a tan nobles bestias y a aquellos arrieros que con tanto tino por desconocidos caminos las condujeron a tan buen término. Morelos lo esperaba, sabía que había sido misión larga y pesarosa, pero nunca puso en duda la templanza de Guerrero. En la garita de la verde Antequera, aquella donde existe una pequeña capilla que separa Xoxo de la ciudad de los higos, ahí dio las gracias a la venerada imagen que se decía había pintado el soldado "Tarifa". Como esta grandísima proeza, varias fueron las que inflamaron conciencias y encontradas opiniones que se hallaban dispersas. A Fernández Varela le incomodó la labor de integrar dos cuerpos tan necesarios, uno de infantería y otro, por supuesto, de la imprescindible caballería. Esto causó sorpresa y no mal habido disgusto, ya que en el arte de la guerra el oaxaqueño era ajeno a la materia.





Las moradas lucen desiertas y los pocos que allí habitan, con caras inciertas esperan pesarosos ser parte de la fiesta a la que sin quererlo los convoca Morelos. Los barrios se sienten ofendidos y desconfiados, retan los oficios de Fernández Varela; los populosos de los alzados y los lacandonnes se unen a los del Árbol Grande, y entre los tres ponen condiciones y, ante los militares, lucen su entereza. El oaxaqueño no sabía de la férrea disciplina y mucho menos del uso de las armas. Fernández Varela se encuentra ante una situación nada convincente, ¿cómo puede tan infortunada persona convencer a tan obstinados sujetos de que el uso de estos maléficis objetos es más honroso que el del torno y el telar, donde sus manos prodigiosas producen el jarro, el zarape o la vajilla? Todo resultaba inútil, y el uso de la fuerza fue el recurso para integrar esta leva que tanto los ofendía, y ante el ingrato desenfado de quien no quiere saber de la materia, más tarde se escurría sigiloso a las márgenes del río de la fortuna. Valles Centrales se denominó a aquel regimiento que ingrato no pretendía saber de la lucha de Morelos; así se llamó a aquel grupo que no tuvo empacho, que abandonó a su suerte a aquel varón que confiado pretendiera tenerlos de su lado.

Ante tal descalabro, el Generalísimo no se siente ofendido, pues al fin ha comprendido que su causa no encontraría abrigo ni el buscado amigo en la controvertida Antequera. Terán, pese a su insolente presencia, es un organizador de primera, por lo que de buena manera Morelos le ordena for-

mar una maestranza en la que, con el trasponer de los días, se habilita todo el armamento, y en dos grandes hornos se funde todo lo que se considera imperfecto. Convocó a los mejores sastres y les ofreció garantías por los días que estuvieron en el palacio del obispo para confeccionar los necesarios uniformes, con los que se pretendía dignificar la imagen del aguerrido indígena, que había pensado que esa lucha era suya; se previó el pago de los sueldos y para que hubiera el orden necesario nombró intendente del ejército a don Antonio Sesma. Todo parecía consumarse y hasta disfrazarse de bondades y cúmulo de respeto la ciudad. No se comprometía ni participaba en la serie de festejos que el insurgente mismo le impuso; por sobrados motivos lo consideraban el lejano tío que, quizá con buenas ideas, quería cambiar el uso y las buenas costumbres que por siglos habían señoreado la aristócrata Antequera. Pero al Generalísimo no sólo le interesaba la administración de un buen gobierno, como ministro religioso intervino en cosas de la Iglesia, participó en ceremonias y fiestas titulares, y con frecuencia se acercó a los altares y, cual humilde sacerdote, los prodigaba de incontables flores. Era fiel devoto de la Guadalupana, pero también de la patrona de Antequera y en solemne ceremonia la hizo capitana. Cuántas cosas debieron pasar por la mente de aquel iluminado insurgente. Tehuacán, la gélida Mixteca, su solar nativo, donde se inflamó su conciencia, ante la presencia de aquel venerable varón que fue el valiente centurión de tan loable contienda, el Generalísimo, como el Congreso de Chilpancingo lo denominara, se había vuelto incómodo y taciturno; de improviso su carácter, usualmente controvertido, puso en entredicho las acciones que por buenas razones se tomaban. ¿Dónde estaba el hombre que indómito, calculador y a veces salvaje se enfrentara abiertamente al ultraje de aquellos que detentaban el poder e hipócritamente lucían su grandeza? Esa era la pregunta que todos se hacían. Cierto,

Morelos ha cambiado, porque ha madurado; ahora no es el aventurero que hace uso de las armas tan necesarias; sabe que tal vez con sus triunfos los hará inmortales, pero ahora sabe que la lucha quizá será cruenta y pesadosa, y esto le provoca desconcierto. Sabe que la razón le asiste, y ante ello no desiste. Se ha instalado el primer Ayuntamiento Libre y Soberano, que galano muestra su grandeza.

Es muy de mañana cuando traspone las puertas de las Casas Consistoriales, siempre señoriales, donde se citara con aquellos ciudadanos que se habían comprometido pocos días antes a hacer un buen gobierno. Por supuesto, bajo sus numerosas arcadas había vecinos que de su partida estaban enterados. El guardián del banco de armas lo saluda, y Morelos le procura un gesto de confianza. La tropa se alborota y en continuas vivas se abre paso, y una humilde soldadera le ofrece un precario traste de comida, todo transcurre tan rápido, y de reluciente jarro prueba el oloroso atole de granillo. Un mundo de contrastes enmarca aquella escena, donde el clarín convoca a la tropa que desordenada y loca lo acompaña desde lejanas tierras. Él no culpa al ciudadano de Antequera, ni discute su actitud negativa y aun grosera, quizá para estas personas no sea el hombre de su tiempo, o tal vez no sea el feliz momento para entender el mensaje que, de lejano paraje, un día se hizo su faraute<sup>1</sup> el gran Morelos.

Sereno recorre los largos pasillos y los austeros salones, donde en varias ocasiones se reuniera con empleados, intendentes y soldados para escuchar sus quejas y constantes peticiones, que por diversas y aun necias no podían resolverse.

Cuántas cosas a su paso, saludos, miradas de apoyo que lo dicen todo. No transcurre mucho tiempo y de su presencia se enteran Fernández Varela y por supuesto Murguía y

<sup>1</sup> Mensajero.

Galardi. Con paso distinguido, que emplean tan célebres personas, tras corta ceremonia lo saludan.

—Qué grato tenerlo entre nosotros —Es la bienvenida que le hace el alférez real, don Mariano Magro. Acto seguido, todos penetran a aquel recinto, donde soberbios candeleros de diferentes brazos sirven de reposo a incontables candelas, cuyas amarillentas luces iluminan por las noches los semblantes, casi siempre adustos de aquellos personajes, que con su caudal de ideas pretenden cambiar el destino de la patria.

En diferentes butacas se arrellanan, saben que la discusión se prolongará por largas horas. Galardi, al lado de Morelos, en tanto el licenciado Mimiaga luce su sapiencia, llamando a la conciencia a todos los que aquel día concurren de buen grado a resolver los asuntos que con la ausencia de Morelos pudieran quedar pendientes. Morelos, con esa altivez que siempre lo acompaña, revisa el expediente y antes de continuar observa punto por punto.

Aquella serie de acontecimientos que por relevantes deben ser atendidos antes de su partida, así da comienzo aquella sesión en la que el primer Ayuntamiento bajo juramento recibe la confianza con que a ultranza todos los conflictos deben resolverse.

—Señor Galardi, su anotación verdaderamente es inquietante y no por ello menos relevante. Usted y su gobierno no quedarán desamparados, ya que el comandante de armas don Benito Rocha, con mil integrantes de tropa, le dará seguridad y buen gobierno al Ayuntamiento que usted tan sabiamente encabeza. Sí, señor Galardi, don Benito está enterado de la presencia del general Álvarez, y quizá usted piense que esto nos hace vulnerables, pero ustedes tienen una responsabilidad profunda y gloriosa, ya que como personas de letras deben tener la sapiencia para inculcar con sabias palabras las ideas libertarias que hacen falta al ciudadano

de Antequera. Nosotros partiremos al encuentro del triunfo o la derrota, pero por supuesto que cualquiera de ellas sembrará en las conciencias del indígena, del profesionista o del acaudalado comerciante, la razón por tanto espacio manipulada. Es por lo que luchamos, no importa el lugar, así sea la escabrosa montaña o el caudaloso río o la malévola palabra del realista, que necia pretende debilitar la fe de un pueblo al que ahora con desprecio se le llama insurgente. Todos los que se llamen patriotas debemos prepararnos ante esta lucha pertinaz que nos persigue, despertar conciencias para entender que el hombre de España en nefasto amanecer se amañó para provocar a su albedrío la destrucción de un pueblo, que ahora no es el mismo. En esta ocasión los intereses quizá sean idénticos, pero ahora no es la pequeña isla de cuatro soberanas calzadas la que pretenden en fratricida lucha defender los intereses del hombre del Anáhuac; ahora es una nación entera la que reclama por mejores tiempos, donde el insulto y los malos tratos sean parte del pasado.

Así llegó la noche, donde cada uno de los regidores expuso a Morelos sus razones y los múltiples sin sabores de que serían objeto con su ausencia. Era casi de madrugada cuando se dio por terminada tan acalorada audiencia, en apariencia todo se había tratado, pero por desgracia nada se había llevado a un buen consenso.

—Suenan muy bien esas palabras —comenta Mimiaga con el licenciado Castillejos—, pero debemos prepararnos para enfrentar con denuedo el malestar que se avecina. Rocha no es Morelos, como militar es cruel y vengativo, y ese es suficiente motivo para estar preocupados; estamos ante un verdadero aprieto, debemos consultar con el doctor Ibáñez de la Corvera, ya que también es sabido que lo acusan de tener buenas relaciones con Morelos.

Como se había previsto, los Bravo y don Miguel marcharon a la costa, al encuentro de aquella tropa de realistas que

asolaban la comarca. Tras azarosa caminata descendieron las montañas que cual enorme monasterio los cobijaban; tarde les abrió sus puertas y la brisa del mar de aquella playa les provocó que salieran de sus sueños. La realidad rompió el encanto, ahí ante ellos, a escasas leguas, la siniestra presencia de los coroneles realistas, Paris y Añorve, quienes secundados por Reguera con los necesarios catalejos, los observaban. El encuentro era inminente, una intensa calma precedió a lo que sería el preludio de la muerte. Los Bravo avanzaron ante enorme gritería, sin pensar que el realista les había tendido la llanura por siniestra trampa. El mulato Armengol, con varios de ellos, los conducía sin remedio a aquella sabana donde tan alto crece el zacate. Una y cien descargas de fusilería fueron el tono tenebroso que cubrió la comarca.

Las almas ascendieron a los cielos y los cuerpos sepultados se volvieron vil carroña. Los Bravo enfrentaron cien batallas y cual cauda de cometa brillaron en el cielo como estrellas. Paris y Reguera continuaron su camino, y después de cruentas luchas se hicieron custodios del fuerte de Aca-pulco. Paris murió la calurosa mañana de un cercano abril de un pasado año; quizá al partir echó de menos el Guadalquivir o las altísimas montañas de Sierra Nevada y tal vez las zonas regadas de sus llanuras andaluzas. Dejó sólo unas cuantas líneas a su amada esposa y a su pequeña hija: contentió por el rey y por lo que consideró sano y justo. No sintió remordimientos ni pidió clemencia, y sólo lloró por la ausencia, por no tener a su lado a sus seres amados. Cuántas historias se cuentan por ambos bandos, donde la sangre del vencido escribe los triunfos y las glorias del que enarbola el pendón de las victorias.



**L**a marcha de Morelos está decidida, sabe de antemano que su partida tal vez le costará volver su triunfo en la derrota; pero también sabe que su presencia es necesaria donde la bandera de la libertad permanece indolente en manos de una caterva de inútiles. Esa noche poco duerme y a su mente concurre la serie de sucesos que a su entrada a Oaxaca se produjeron. Bonobia protestaba y Sarabia le reclamaba su falta de respeto a los derechos militares a que en el arte de la guerra debían ser sujetos. No puede apartar de su memoria la muerte de aquel niño que en pedazos rompió aquel bando que tanto lo ofendía, sus ojos negros se humedecen; al valeroso Trujano pareciera le cuestiona que esa noche los demonios al parecer andaban sueltos y revueltos lo perseguían. No puede conciliar el sueño y tras corto tiempo se inclina ante el Señor de la Columna; no sabe qué decirle o qué servicios pedirle. Él sabe que es tarde para redimir las cosas del pasado y con un dejo de tristeza, de aquel milagroso Cristo, silencio tiene por respuesta.

Los días anteriores a la salida de Morelos fueron de total ajetreo. La casa de Simón Villegas se vio tan concurrida como en sus mejores tiempos, pero ahora no eran personajes de elegantes levitas los que descendieran de lujosos carruajes, ni los gallardos oficiales que relataban sus heroicas hazañas a las jovencitas o emperifolladas doncellas que tras largo suspiro evocaban sus galantes palabras. Ahora recorría las añejas arcadas gente del pueblo que se enteraba de la próxima jornada del Generalísimo. “No puede ser verdad”, era el

comentario del jornalero, del dueño del estanco o del humilde quincallero. El choque de las botas al roce con el piso era el múltiple sonido que se escuchaba, confundándose con las voces de los hombres que cargaban las carretas. Todo se manejaba tan a prisa, ante la dolorosa sonrisa de doña Francisca, que ya mostraba en su vientre las huellas de un imprudente embarazo, sabía de antemano que éste era observado por el sabio vecino de la esquina; su doctrina no le impide simpatizar o renegar de los ideales de la insurgencia, pero su presencia llevada por la sana prudencia lo mantiene al margen de aquella contienda. El jesuita es sabedor de la estrecha amistad que comparten Morelos y Aparicio, y sabe también de las bondades del fraile dominico, que sin ningún recato obsequió al movimiento los caudales del convento. Ese día, a la hora de los maitines, escuchó extraños ruidos provocados por la tropa, que entre gritos y blasfemias armó una escena de diferentes movimientos, lo mismo ajustaba el fuste de las mulas que limpiaba las monturas o los más de ellos tras enorme esfuerzo, sudorosos transportaban las cureñas.<sup>1</sup> “¿A qué se debe este espectáculo?”, unos se preguntan. “¿Será el general Álvarez que se acerca? Precavidos se aprestan a la lucha”, o como cuenta el vecindario: “Es Morelos que se aleja”. Así transcurre el día y tras espesa polvareda Matamoros es el primero en marcharse. ¿Cuántos hombres lleva? ¿Mil? Quién sabe cuántos, que por ser tantos no los guarda la memoria. Morelos sabe que lo acechan y astutamente los divide. Galeana parte al siguiente amanecer, Matamoros lo espera en la gélida Mixteca, en tanto que Galeana lo aguardará en la cercana Huitzo; a las pocas horas parte la tropa que él comanda, a las órdenes de los geniales jóvenes capitanes Guerrero y Guadalupe.

<sup>1</sup> Soporte, armazón.

Morelos no piensa partir por ahora y se hace acompañar por Fernández Varela, el licenciado Castañeda y el clérigo García Cano; todos partirán al día siguiente, cuando se resuelvan los pendientes. En el palacio episcopal esa tarde se reunieron Morelos y Aparicio, el doctor Ibáñez y el presbítero Herrera; trataron los asuntos que competen a la Iglesia, se cuestionó la frivolidad del doctor Ibáñez de la Corvera, por su cuestionada participación en causas de la independencia. Cuántas cosas se trataron y, desafortunadamente, a cabo no se realizaron por las pocas simpatías que Rayón tuvo en Oaxaca, como por las constantes raterías de los célebres hermanos Bravo. Cuántas cosas se guardaron, que por inicuas se olvidaron. Así transcurrió la tarde, y al ponerse el sol llegaron las sombras señoriales a los añejos portales.

Fue el 9 de enero de 1813 cuando Morelos partió, un viento frío recorría la comarca, aquella que intranquila aguardó su llegada. Ahora se marchaba. Poco es lo que se lleva cuando de sentimientos se trata, en este caso no era el rico menaje que la tropa transportaba, por lo que el ciudadano de Antequera lo echará de menos. ¿Qué se procuró, en su cortísima estancia en la señorial ciudad de los higos, cariño, soledad o desprecio? En su intimidad guardaba el precio de aquellos cuarenta y cinco días que tuvo en dolorosísimo jaque al ciudadano de la verde Antequera.

Estos últimos días fueron, quizá, los más infaustos en la corta estancia del caudillo, el mal estaba hecho y con él había perdido el derecho a sentirse querido y respetado. Ya no le mortifican las constantes fechorías de los Bravo ni le edifican las estrellas de Guerrero y Félix Fernández. Todo se ha vuelto podrido y disoluto, y en este campo tan fértil, tan llano, se sembró la semilla, donde a falta de cristalinas aguas pereció sin los necesarios frutos.

Un viento frío desciende esa alborada, recorre los senderos y descubre el rocío matinal de sus montañas, donde el

caudillo pone grupas al rumbo, en sano intento por mejorar su historia.

El Generalísimo parte de Antequera no como él hubiera querido, ahora no hubo arcos de flores ni los consabidos discursos que tan ociosos eran en esos momentos. La enorme plaza le parece desierta, pese al ajeteo que con mil voces produce el escándalo de la numerosa tropa que sigilosa se aleja.

Se cargaron las bestias con mil objetos que con diversos costales se muestran repletos. “¿Qué diferencia”, pensó para sus adentros: había llegado triunfante y ahora marchaba con el estandarte dañado y el corazón desgarrado. Ante tan sonado fracaso dejaba mil patriotas al lado de Rocha, pero esto ya no era suficiente, ya que en Antequera se había consumido la antorcha que con tanto entusiasmo encendió aquel sacerdote sibilino un distante anochecer en el histórico templo de la pequeña Dolores. Sólo él sabe cuántas cosas pasan por su mente y con su cabalgadura tomada por las riendas traspone lentamente la enorme plaza, recorre los cuatro portales tan imponentes, tan señoriales, y bajo las arcadas del Señor de la Columna se detiene. Tal vez cuenta aquel mar de arcos donde su querida tropa a su razón concurre. Pareciera que por un momento no tuviera prisa, y con desdibujada sonrisa pretende despedirse del humilde ciudadano que, tras forzado saludo, cortésmente lo esquiva. Así parte Morelos, al amparo del silencio, ante las frías miradas del aterrado pueblo; ya no le antecede el paso Matamoros, ni se le dan las mejores noticias de Hermenegildo Galeana, y en brioso corcel, tras corto espacio, se pierde en las gélidas tierras del insecto que produce el encendido color de la grana.



---

Antequera era una pequeña villa de extraños contrastes, de prudente carácter monacal muy peninsular.

De un clima benigno inconfundible.

Vista desde el cerro de Tanilaonayaa dos ríos que semejan serpientes de plata la enlazan amorosamente.

Es una perla custodiada por montañas de extrañas figuras.

Casas bajas de techos rojos y enormes muros que pretendieron retar los caprichos de las entrañas mismas de la tierra.

Torres de piedra verde que guardan el misterioso tañer de sus campanas.

Cielo azul zafir poblado de estrellas que conmueven.

Ráfaga de palomas que imprudentes surcan el firmamento.

Ésa era Huaxyacac.

JAIME ADOLFO CRUZ REYES

---

PAULINA GAIL CRUZ

**MORELOS**  
EN LA **VIRREINAL**  
**ANTEQUERA**

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en julio de 2022.

La figura del Generalísimo Morelos fue trágica, elocuente y generosa. Él no nació bajo las estrellas que cobijan y dan luz, las más de ellas, a notables personajes; pero su carácter lo impregnó del coraje que necesitaban los tiempos para luchar con denuedo por lo que consideró legítimo, forzoso y benéfico; él no buscó el laurel con que se ciñen las sienes los hombres de la historia, él se enfrentó con el fulgor de la mañana a los que consideró intrusos o villanos; él no tocó esquilas ni carillón alguno, pero mortificó su espíritu penando por atajos y los mil vericuetos que inciertos encontró a su paso. Con el rostro emocionado y con resecos labios convocó al hermano, para juntos desgranar la mazorca que, como endurecida roca, estaba en manos del impropio hispano.

Antequera penó por su presencia, y aún rasgadas sus añejas costumbres no le guardó rencores; fueron cuarenta y cinco días que aciagos no pueden quedar en la penumbra, porque es lícito y benevolente recordar su estancia para ubicar en la balanza los malos y los buenos oficios que conlleva todo enfrentamiento; quizá tuvo sus excesos, no muchos generosos, pero al conformar el primer H. Ayuntamiento Libre y Soberano esculpió de antemano, con metálico cincel, el broquel con que lo registra el numen de Oaxaca.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

